



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Rupturas Urbanas. Análisis de las relaciones entre la morfología urbana y la estructura social en la Barcelona contemporánea

Alejandro Morcuende González

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

An aerial photograph of a city grid, showing a large stadium-like structure with a perforated roof in the center. The image is overlaid with a semi-transparent dark green filter. The text is white and centered.

CAPÍTULO II

**LA CIUDAD COMO
OBJETO DE ESTUDIO**

Así que lo que hace falta en el siglo XXI es leerlo. Leerlo como se lee a un clásico: no sintomáticamente, o sea, buscando cortes epistemológicos para adaptar sus palabras a nuestras preocupaciones preferentes, ni reconstruyendo su obra analíticamente para hacerlo caber en nuestro concepto finisecular de racionalidad, sino atendiendo al contexto y a la evolución de su pensamiento, a sus contradicciones y a sus paradojas.

FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY
Marx sin ismos, 1999

En este capítulo se aborda el papel de la ciudad en la Ciencia, esto es, se revisitan e interpretan las principales aportaciones al estudio de la ciudad. Se hace con el objetivo de tomar prestadas aquellas ideas imprescindibles para revitalizar los Estudios Urbanos, a partir de las cuales establecer los conceptos clave de la investigación y su relación, que dan como resultado los esquemas que actúan a modo de marco teórico de la tesis.

Como ya se ha enunciado, esta investigación no pretende ser más que una tesis que modestamente avance en el conocimiento del fenómeno urbano. Para ello es imprescindible, a juicio del autor, explorar el recorrido que ha realizado la ciudad como objeto de estudio, sus diversas y contradictorias concepciones, las escuelas y debates a las que ha reunido, y las obras y propuestas que han pretendido analizarla. Para ello, es esencial recurrir al estudio de los clásicos¹. No con el fin de retorcer lo que dijeron o escribieron para reforzar las tesis propias, ni como recurso de falsa erudición al estilo de algunos artículos de impacto que suelen recurrir a sus ideas para sostener conclusiones que en ningún caso podrían justificar.

1 De esta forma nos lo legó Francisco Fernández Buey en su particular biografía de Karl Marx, *Marx sin ismos* en 1999. *Así que lo que hace falta en el siglo XXI es leerlo. Leerlo como se lee a un clásico: no sintomáticamente, o sea, buscando cortes epistemológicos para adaptar sus palabras a nuestras preocupaciones preferentes, ni reconstruyendo su obra analíticamente para hacerlo caber en nuestro concepto finisecular de racionalidad, sino atendiendo al contexto y a la evolución de su pensamiento, a sus contradicciones y a sus paradojas. La breve antología de las ideas de Marx que sigue a continuación se basa en esa pretensión. En ella no está todo Marx, naturalmente. Lo que de ella brota no es "nuestro Marx" (el Marx que habríamos querido) ni "el Marx de ellos" (el Marx de los que le declaran muerto). Es un Marx cuyo pensamiento va cambiando con los años: el Marx de las afirmaciones rotundas, contundentes, y el Marx de la duda; el Marx de las anticipaciones sobre el desarrollo general del capitalismo y el Marx de los matices sobre las particularidades históricas; el Marx profético y el Marx analítico; el Marx enamorado de las ideas propias y el Marx de los distinguos sobre los enamoramientos por flechazo que produjeron sus ideas. También Marx cambió. Pero de otra manera.*

Se sirve de un recorrido que, a pesar de los saltos temporales, no obvia ningún capítulo relevante en la historia de la ciudad como objeto de estudio. Un trayecto de autores y obras, pero también de contextos político-académicos y territoriales que ayuden a definir porqué unas ideas, y no otras, se impusieron en cada momento en la concepción y estudio de las ciudades.

El itinerario se detendrá momentáneamente en la actual hegemonía, en la manera en que son estudiadas hoy las ciudades. Su crítica debe actuar de punto de partida para la salida hacia adelante de unos Estudios Urbanos fragmentados. Crítica que resigue todo el texto y que no debe darse por finalizada en el presente capítulo. La marcha se retoma esta vez para recoger críticamente del camino realizado todas aquellas aportaciones, que son muchas, útiles para realizar una modesta aportación al impulso de unos Estudios Urbanos, al menos, no tan fragmentados.

Tras la genealogía del concepto de ciudad, los esfuerzos se dirigen a la definición de un marco teórico sobre el que va a descansar el posterior aparato metodológico con el que va a ser abordado el análisis del objeto de estudio de la investigación, esto es, las relaciones entre el espacio y la sociedad en el presente del capitalismo en crisis.

2.1. LA CIUDAD EN LA CIENCIA

Aproximarse al fenómeno urbano como objeto de estudio en las Ciencias Sociales pasa imperiosamente por repasar algunas genealogías del concepto *ciudad* o de alguna de las disciplinas que la han tomado como genuino objeto de estudio. Estas genealogías no abundan, y el concepto que es objeto de discusión en el presente capítulo ha tenido una apropiación de tan diversas disciplinas que rehacer el camino por el que ha discurrido su desarrollo sólo puede realizarse a partir de un esquema propio, que puede resultar limitado, ya que se ciñe al conocimiento y al recorrido intelectual de sus autores. Dicho esquema, que tiende a la síntesis, reúne en un mismo espacio las principales contribuciones al estudio del fenómeno urbano. Los análisis genealógicos de ideas, autores y obras pueden organizarse de acuerdo a diferentes criterios; en este caso, se recoge las filiaciones académicas y formativas, y no tanto las influencias, más o menos directas, entre unos y otros autores.

Como se viene insistiendo a lo largo de estos capítulos iniciales una de las motivaciones principales para emprender este proyecto de investigación

es la recuperación de muchas de las contribuciones recogidas en el esquema que se presenta a continuación con el objeto de reavivar el debate teórico-metodológico en unos Estudios Urbanos secuestrados por una hegemonía académica miope en unas Ciencias Sociales en crisis, debate que también será abordado en sucesivos capítulos. No obstante es importante tener en cuenta las hipótesis sobre la crisis de los Estudios Urbanos, las Ciencias Sociales y la Universidad, como espacio privilegiado de desarrollo de los anteriores. Sobre esas hipótesis es que se realiza el ejercicio genealógico para el concepto de *ciudad*.

El esquema que aquí se presenta (figura 1) ayuda a componer una primera aproximación a las principales contribuciones al estudio de las ciudades, y permite extraer diferentes conclusiones de los resultados que arroja. La contribución más importante del esquema es la identificación de cuatro momentos claves. Momentos que quedan situados a partir de cuatro hegemónicas en la concepción y estudio urbanos.

Del esquema se desprende a primera vista la centralidad e influencia de las obras de Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895). Una obra de tal magnitud que de ella surgen diferentes e importantes nodos de grupos de intelectuales hasta la actualidad. Para llegar a ellos es necesario reseguir la tradición utopista que de iniciarse en algún punto ese es la aparición de la *Politeia* de Platón (s, IV a.c.). Los diálogos contenidos en la obra del filósofo clásico parece ser que influenciaron a Thomas More (1478-1535) y su *Utopía*, pieza fundamental del pensamiento que por ello se llamaría utópico. La llegada a las obras de Marx y Engels pasa necesariamente por el vivo debate con los llamados, por algunos, socialistas utópicos (Carerras, Morcuende, 2016). En páginas posteriores se aborda la relación entre análisis y crítica de la ciudad realmente existente en cada momento con las concepciones y propuestas utópicas que se han ido dando a lo largo de los siglos.

La segunda gran hegemonía intelectual en los Estudios Urbanos se corresponde con la institucionalización de la Sociología Urbana y el debate en torno a las aportaciones de la Escuela de Sociología de Chicago. A ese debate eminentemente norteamericano, pero de claras influencias europeas, hay que sumarle obras de gran importancia para el estudio de las ciudades, como son las de los sociólogos alemanes Max Weber (1864-1920) y Georg Simmel (1858-1918), del también alemán y geógrafo Walter Christaller (1893-1969), del historiador belga Henri Pirenne (1862-1935) junto a las del geógrafo urbano francés Raoul Blanchard (1877-1965) y, por último, las del economista norteamericano Homer Hoyt (1895-1952).

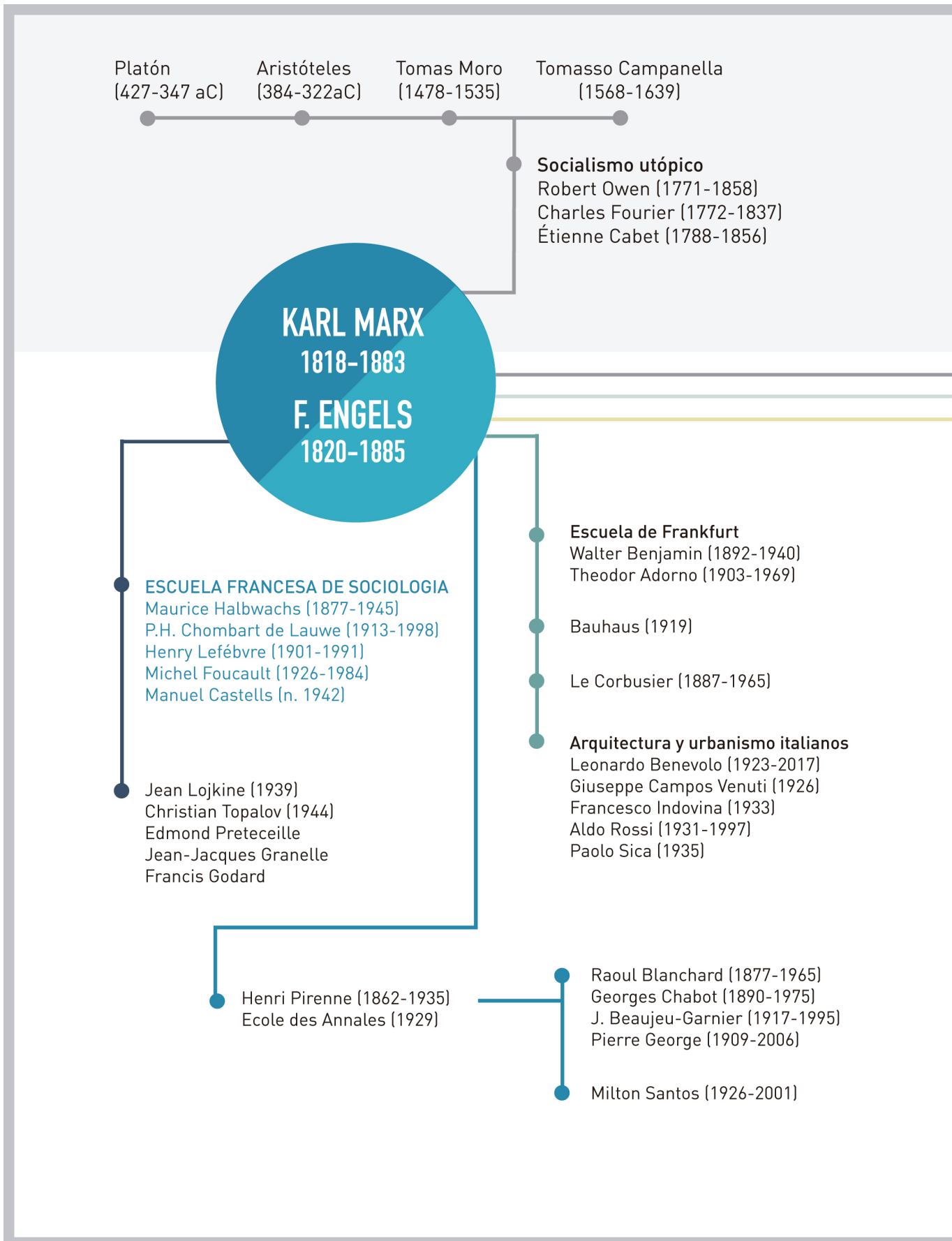


Figura 1. Esquema interpretativo de la evolución del pensamiento urbano. Fuente: elaboración propia.

Escuela clásica de Sociología

Emile Durkheim (1858-1917)
Georg Simmel (1858-1918)
Max Weber (1864-1920)

ESCUELA DE CHICAGO

Robert E. Park (1864-1944)
Ernest Burgess (1886-1966)
Homer Hoyt (1895-1984)
Louis Wirth (1897-1952)

Walter Christaller (1893-1969)

Jane Jacobs (1916-2006)

Lewis Mumford (1895-1990)

Antropología urbana

Ulf Hannerz (1942)
Setha Low (1948)
Colette Petonnet (1919-2012)

Maurice Dobb (1900-1976)
Paul Sweezy (1910-2004)

Historiografía británica

Eric Hobsbawn (1917-2012)
Vere Gordon Childe (1892-1947)
Rodney Hilton (1916-2002)
Perry Anderson (1938)
Edward Thompson (1924-1993)

Theoretical Geography

Raymond E. Murphy (1898-1971)
Edward Ullman (1912-1976)
Chauncy Harris (1914-2003)
Brian J.L. Berry (1934)

NUEVA ERA URBANA

Saskia Sassen (1947)
Richard Florida (1957)
Edward Glaeser (1967)

Estudios urbanos alternativos

Peter Marcuse (1928)
David Harvey (1935)
Edward Soja (1940-2015)
Mark Gottdiener (1943)
Neil Brenner (1968)

Con el colapso de las tesis funcionalistas norteamericanas, el debate en los Estudios Urbanos se desplazó de nuevo a Europa. La década de los años sesenta y setenta tuvieron en el continente europeo una significación única en cuanto a las transformaciones políticas, económicas y sociales que han dado forma al presente, tal y como lo conocemos. Aquellas transformaciones fueron posibles por los acontecimientos concentrados en aquel mes de mayo de 1968 y las reacciones que suscitó.

Los Estudios Urbanos quedaron claramente marcados por el intenso debate entre los intelectuales que formaron lo que se conoce como Escuela Francesa de Sociología. Una Escuela extraordinariamente heterogénea que dio un impulso definitivo a los estudios sobre el fenómeno urbano, y que aún hoy inspiran numerosas líneas de investigación. Antes de esta tercera hegemonía, tuvo su momento la Escuela de Frankfurt, que aunque aportó escasas contribuciones a los Estudios Urbanos, logró tener cierta influencia en los mismos, con las aportaciones de Theodor Adorno (1903-1969), y especialmente las de Walter Benjamin (1892-1940).

En paralelo o a remolque de la Escuela Francesa de Sociología, se desarrolló también la Geografía Urbana francesa, continuadora de las contribuciones en décadas anteriores de Raoul Blanchard, de la mano de Georges Chabot (1890-1975), Jacqueline Beaujeu-Garnier (1917-1995) y Pierre George (1909-2006), centrados en el estudio de la historia y las funciones urbanas. La década de los setenta acogió también los debates entre la historiografía británica – con Rodney Hilton (1916-2002) y Eric Hobsbawm (1917-2012) entre otros- y algunos economistas estadounidenses – Maurice Dobb (1900-1976) y Paul Sweezy (1910-2004)- en torno a las transiciones de los modos de producción, con especial énfasis en el análisis del origen del modo de producción capitalista. Deben tenerse en cuenta también las obras de los arquitectos y urbanistas italianos que en aquel momento realizaron una vasta producción sobre la historia del urbanismo y los problemas derivados de la conservación o renovación de los centros históricos, tan importantes en Italia.

Tras el momento en el que la Ciencias Sociales debatían, esto es, alumbraban las aportaciones más complejas sobre los orígenes de la ciudad capitalista y las transformaciones que se ponían en marcha en aquellos momentos, fue cuando vino a consolidarse la cuarta y actual hegemonía. Lo que se ha venido a denominar Nueva Era Urbana que domina hoy el paradigma teórico-metodológico en los Estudios Urbanos, generando a su vez un numeroso grupo de estudiosos a los que podría atribuirse el apelativo de alternativos, y que provienen de orígenes muy distintos.

2.1.1. La ciudad en las obras de Karl Marx y Friedrich Engels

Los antecedentes a la institucionalización de la Sociología Urbana como Ciencia Social han sido discutidos por ser amplios y poco precisos, siempre abiertos a consideraciones sobre el objetivo de los autores situados en esos inicios implícitos de la disciplina sociológica urbana. Aunque muchos de los autores que se incluyen en los antecedentes de la Sociología Urbana nunca tuvieron la intención de construir un marco teórico para la interpretación y explicación de los fenómenos urbanos dotando de causalidad a la ciudad, contribuyeron positivamente a la institucionalización de la disciplina décadas más tarde, alumbrando los debates que habían de guiar la definición de su objeto. Muchos de ellos lo hicieron con la intención de ofrecer explicaciones de las dinámicas económicas, políticas y sociales y encontraron en la ciudad un elemento indispensable de esa cadena explicativa.

Con el desarrollo del capitalismo, y el proceso paralelo de industrialización, esos precursores de los Estudios Urbanos centraron su atención en las consecuencias sociales del avance del capitalismo, problemas que se concentraban principalmente en las ciudades. Así pues, la ciudad tuvo un lugar privilegiado al situar aquellos autores el proceso de urbanización como una consecuencia racional de la modernización en marcha; motivo que justifica la aparente falta de necesidad de constituir una ciencia de la ciudad, pues ésta era simplemente el reflejo de la modernización. Existen propuestas que condensan en dos categorías la inmensidad de trabajos que puedan ser considerados como estudios urbanos de sus épocas en las décadas precedentes a la institucionalización de la Sociología urbana en base a la posición epistemológica sobre la ciudad (Ullán de la Rosa, 2014). Autores como Marx, Engels, Tönnies (1855-1936)², o Weber, no identificaban a la ciudad como una variable independiente, al ser ésta una expresión de la estructura social. En cambio, Simmel o Halbwachs (1877-1945), entendían que la ciudad generaba y producía otros procesos sociales, esto es, reconocían al espacio urbano como objeto de estudio.

El esquema que encabeza y guía el presente capítulo obliga a centrar la atención en el análisis de la ciudad en las obras de Marx y Engels, de las que más tarde bebieron numerosos autores y escuelas. Es, por tanto, la primera de las hegemonías que el esquema señala. No obstante, es indispensable

2 Ferdinand Tönnies dedicó gran parte de su estudio a las condiciones y transformaciones que se estaban produciendo con la industrialización. Así, pues, centró la atención en el proceso general, sin otorgar un papel relevante a la ciudad. No obstante la influencia de Tönnies es evidente en dos debates fundamentales para la Sociología Urbana, el de la definición de lo rural y lo urbano, y el debate entre la moralidad de los estilos de vida de una y otra forma.

fijar la atención también en quienes precedieron e influyeron a las cosmovisiones a las que Marx y Engels dieron forma siglos más tarde.

Suelen situarse los diálogos que Platón (427 a.C.- 357 a.C.) recogió en *La República* como la obra que una vez traducida inspiró a Thomas More, autor de la pieza fundamental en el pensamiento moderno utopista posterior. Se pretende con estas líneas dar constancia del hilo utópico, que estrechamente relacionado con las propuestas alternativas a las ciudades realmente existentes, resigue la historia del pensamiento urbano desde Platón a Erik Olin Wriqth (n. 1947), pasando por los socialistas utópicos y otros, esfuerzos todos por dar forma a ciudades más justas.

La obra de Platón, publicada en el año 380 a.C., permite discutir sobre la utopía y la supuesta irrealización que va asociada a la misma. En primer lugar, es importante destacar que a lo largo del texto Platón jamás la utopía es concebida en su sentido etimológico -el *no lugar*. Esta primera confusión ha sido fruto, presumiblemente, del error de traducción de la *Politeia* -título original de *La República*- que se arrastra sin cesar, y que aclara a la perfección que el *no lugar* no es tal, ya que en la *Politeia*, como su nombre indica, no se recoge más que las reflexiones del pensador entorno a la polis realmente existente en la Grecia clásica.

A lo largo del texto, y mediante el Sócrates, el Glaucón, y demás personajes inventados, se explora el modelo de justicia y de hombre perfectamente justo. Dicha exploración no se realiza para demostrar que sea posible esa perfección, si no para establecer las herramientas que permitan reconocer a aquella justicia y a aquel hombre que más se asemejan a lo idealmente establecido. Es decir, la Utopía, como recogiera Eduardo Galeano (1940-2015) en la más célebre cita³ sobre ella, constituye el ideal hacia el que caminar, demostrando que cuanto más cerca esté la ciudad real de la ciudad ideal, más realizable será la Utopía.

Añade el Sócrates de la *Politeia* que para definir esa ciudad idealmente justa hay que partir del análisis de lo que se hace mal en la ciudad, aquello que la aleja del ideal. No se trata, como comúnmente se pretende, de definir el ideal de forma especulativa sobre la base de la ensoñación, si no del análisis crítico de las características reales de la polis existente (Fernández Buey, 2007).

3 Aunque explicada por él mismo, Eduardo Galeano citaba realmente al cineasta argentino Fernando Birri (1925-2017) quién a la pregunta, ¿para qué sirve la utopía? respondió: *La utopía está en el horizonte. Yo sé muy bien que nunca la alcanzaré. Que si yo camino diez pasos, ella se alejará diez pasos. Cuanto más la busco menos la encontraré. Porque ella se va alejando a medida que yo me acerco. ¿Para qué sirve? Sirve para caminar.* <https://www.youtube.com/watch?v=GaRpIBj5xho> (consultada el día 19 de junio de 2018).

La pretensión de este primer apartado, como se ha señalado, no es tanto realizar una cronología de las diferentes expresiones intelectuales sobre la Utopía, sino detenerse en aquellas que ayudan a tejer una historia a partir de las principales aportaciones a la Utopía. Es por ello que el recorrido salta hasta el siglo XIX y hasta el arquitecto y padre del movimiento *Arts and Crafts* William Morris (1834-1896), esta vez para apuntar ideas entorno a lo coyuntural de la utopía (Fernández Buey, 2007).

No se trata aquí de intentar una definición de la utopía, si es que ello fuera posible. Lo coyuntural de la misma camina en esa dirección; lo que ayer era utópico, hoy puede dejar de serlo, Morris lo reflejó en *Un sueño de John Ball* de la siguiente manera: *examiné toda estas cosas, y cómo los hombres luchan y pierden la batalla, y cómo aquello por lo cual habían luchado se logra a pesar de su derrota, y cómo, cuando esto llega, resulta ser diferente de aquello que se proponían, y cómo otros hombres han de luchar por aquello que ellos se proponían alcanzar bajo otro nombre*. Esta imposibilidad para la definición surge cuando la Utopía pasa a considerarse del plano moral -donde cualquier individuo anhela una sociedad mejor- al plano político, a la disputa política de la realización posible de la Utopía (Fernández Buey, 2007).

Si la historia fuera lineal, es decir, caminara siempre por el lado bueno y progresara sin más hacia la Utopía, el concepto mismo quedaría vacío de contenido. Al aparecer y tener en cuenta las condiciones objetivas y subjetivas, los diferentes actores y sus intereses contradictorios, entonces la Utopía viene a ser la herramienta para transformar lo que no avanza hacia el ideal, dotándose de sentido la Utopía platónica en última instancia.

De la división platónica entre el idealismo ingenuo y el idealismo meritotario, Francisco Fernández Buey (1943-2012) desarrolló la diferencia entre *utopismo* y *utopía*. El primero es la actitud pretenciosa de prefigurar un futuro modélico, el segundo concepto se refiere a la conciencia de las dificultades y de lo irrealizable de una propuesta. Esto último constituye para Fernández Buey una de las características más importantes del pensamiento utópico moderno, a saber, la orientación irónico-positiva que es conciencia de la dificultad de la realización de la Utopía y a la vez sospecha racional de aquello de que *lo mejor es enemigo de lo bueno* (Fernández Buey, 2007).

A esa orientación irónica, cabe sumar tres elementos que permiten identificar y caracterizar las Utopías propias de la modernidad. En primer lugar, las propuestas utópicas se caracterizan por una crítica moral al capitalismo incipiente, sobre todo a la mercantilización y privatización de los *enclosures*⁴. En segundo lugar, se caracterizan por una voluntad de vuelta al co-

4 Para ampliar este tema fundamental de la historia económica puede consultarse *La*

munitarismo tradicional perdido en el tránsito al capitalismo. Y por último por una atracción por la forma de vida existente en el nuevo mundo descubierto, esto es, el continente americano. Si nos abstraemos al contexto, las características serían el recuerdo, la crítica abierta al presente y la atracción por las formas de vida nuevas que ya existen en otro lugar (Fernández Buey, 2007).

De acuerdo con los objetivos propuestos, el primer planteamiento se dirige a lo más esencialmente político, siguiendo el camino emprendido por Fernández Buey, según el cual tras la definición clásica es el marxismo el que recoge las propuestas alternativas a la sociedad capitalista. Se trata de situar las propuestas de los denominados socialistas utópicos dentro del debate del socialismo en general y de sus formas de organización social y concepción urbana en algunos países europeos durante la segunda mitad del siglo XIX. Otro elemento importante, para enmarcar el tema, es tener en cuenta la tradicional fragmentación ideológica de la izquierda y las derivas nacionalistas que en aquellos momentos impidieron la consolidación de los distintos intentos de creación de internacionales comunistas y socialistas, especialmente en el período que va de la guerra franco-prusiana a las dos guerras mundiales.

Según el historiador, economista y politólogo británico G. D. H. Cole habría sido el economista francés Jérôme-Adolphe Blanqui (1798-1854), en una de sus obras pioneras, quien acuñó la denominación de socialistas utópicos a quienes el británico denominaba más objetivamente *los precursores*⁵. El mismo Cole señala que este nombre quedó permanentemente unido a ellos por haberlo adoptado Marx y Engels en su famoso *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848.

Efectivamente, el apartado tres de la tercera parte de este manifiesto, dedicado a hacer un repaso a la literatura socialista y comunista, se titula *El socialismo y el comunismo crítico-utópicos*. En él se cita explícitamente a C-H de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), a Charles Fourier (1772-1837) y a Robert Owen (1771-1858) y se destaca sobre todo su carácter pionero, cuando, en lugar de la acción social del proletariado aun inexistente, deben proponer la acción de su propio ingenio. Propuestas que la traducción castellana de la editorial Progreso de Moscú califica de fantásticas, no de utópicas. Pero igualmente señalan que esas propuestas socialistas y comunistas presentan muchos elementos críticos importantes al

Gran Transformación de Karl Polanyi (1944), o el capítulo 24 de *El Capital* de Karl Marx o *La Formación de la clase obrera en Inglaterra*, de Edward P. Thompson, de 1991.

5 *Forerunners* es su denominación inglesa que constituye el subtítulo del primer volumen de su fundamental historia del pensamiento socialista (Cole, 1957-62).

atacar las bases de la sociedad existente, que constituyen valiosos materiales para instruir a los obreros. Como elementos críticos importantes señalan expresamente: la desaparición del contraste entre la ciudad y el campo, la abolición de la familia, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social y la transformación del estado en una simple administración de la producción (Marx, Engels, 1848).

Son estas tesis precisamente, las que, a causa del desconocimiento de sus autores del antagonismo de clases que empezaba a perfilarse, tendrían un sentido utópico, en cuanto alternativas teóricas faltas de un programa político, no irrealizables. Esta actitud de respeto por las características revolucionarias de estos filósofos citados no la hacen extensiva a lo que denominan las sectas formadas por sus discípulos que son siempre reaccionarias, pues se aferran a las viejas concepciones (Marx, Engels, 1848).

Esta misma posición, que de forma concisa presenta el *Manifiesto*, se desarrolla y se explicita mucho más en la citada obra de Engels, el famoso *Anti-Dühring*, cuyos textos conocía Marx. Se ha insinuado que ambos no estarían de acuerdo en todo, pero el antecedente citado no permite pensarlo en este caso. En 1880, Paul Lafargue (1842-1911), el yerno de Marx, editó la versión francesa de tres artículos de Friedrich Engels publicados en el periódico *Vorwärts*⁶ de Leipzig bajo el título *Socialisme utopique et socialisme scientifique*; una obra que tres años más tarde se publicó en la lengua alemana original.

Esta obra, que alcanzó una gran difusión y ha constituido la referencia general al tema, no siempre directamente consultada ni bien interpretada, formaba parte de un conjunto de artículos del mismo periódico que Engels escribió entre los años 1877 y 1878, contra las tesis del hoy desconocido Eugen Dühring (1833-1921) y que, según el filósofo Manuel Sacristán (1925-1985) constituye la primera exposición del conjunto de la concepción comunista del mundo iniciada por Marx (Sacristán, 1964). En ella, al amparo de la formación de lo que acabaría siendo el Partido Social-demócrata Alemán, Engels, con la participación de Marx en algunos textos, a pesar de que entre ellos no siempre existió un acuerdo total, formula su posición en torno a la filosofía, en torno a la economía política y al socialismo. De esta forma, en el inicio de la tercera parte⁷ de esta obra en que trata directamente sobre el socialismo, se puede leer el siguiente párrafo muy clarificador:

6 Órgano del partido socialista alemán surgido de la unificación en el programa de Gotha en 1875.

7 La aplicación del método dialéctico en estas primeras obras de Marx y Engels llevan a que sus conclusiones aparezcan, como se ha visto, en las terceras partes, tras la exposición de la tesis interpretativa y de la antítesis alternativa.

Los utopistas, como hemos visto, fueron utopistas porque no podían ser otra cosa en una época en la que la producción capitalista estaba aún tan poco desarrollada. Se vieron obligados a sacar de sus cabezas los elementos constructivos de una nueva sociedad, pues esos elementos no eran aun generalmente visibles en la sociedad vieja misma; los utopistas estaban limitados a apelar a la razón para establecer los rasgos básicos de su nueva construcción, porque no podían aún apelar a la historia contemporánea (Engels, 1964)[1878].

Esta cierta reiteración formal y de contenidos que se observa en la estructura del *Manifiesto* y en la del *Anti-Dhüring* no es nueva en la obra de Marx y Engels. Lo mismo podría postularse de la estructura y los contenidos del análisis histórico que aparece en los manuscritos de *La Ideología alemana*, escritos entre 1845 y 1846, en la primera parte del *Manifiesto* de 1848, o incluso de una parte de *El Capital*. Esta obra, cuyo primer volumen se publicó en 1867, por su calado y profundidad cuenta con otras elaboraciones previas relativas a los mecanismos que explican la economía capitalista, como los *Grundrisse* de 1857 o la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859. En los primeros años de su larga y fructífera colaboración, Marx y Engels se dedicaron a poner en común sus concepciones ideológicas frente a la filosofía alemana⁸, en una especie de rendimiento de cuentas con su conciencia filosófica, como afirmó el propio Marx en el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*.

En la difusión posterior del marxismo tienen un gran impacto dos hechos fundamentales. Por un lado, la obra de Lenin (Vladimir Ilich Ulianov, 1870-1924), tanto teórico-política como práctica, con el liderazgo de la revolución bolchevique en Rusia y sus concreciones y evolución. Por otro, la publicación de los manuscritos de Marx y Engels a partir de 1933, que permitieron conocer y reconstruir la evolución del pensamiento de ambos autores y su método de trabajo.

Durante este período cabe situar la obra de Antonio Gramsci (1891-1937) quien a pesar de su corta y abreviada vida combinó el estudio crítico con la práctica política entre la Rusia soviética y la Italia fascista. Por ello resulta fundamental, como hiciera el ya citado Francisco Fernández Buey, analizar el pensamiento político de este autor italiano (Fernández Buey, 1978, 2001)⁹. Gramsci se decidió, desde su regreso de la Unión Soviética, a hacer avanzar el pensamiento marxista, con el análisis de temas que habían quedado relegados o que habían surgido o evolucionado en su importancia

8 Especialmente la posthegeliana, con objetivos especiales en el ya mencionado Eugen Dhüring o en Ludwig Feuerbach (1804-1872).

9 Gramsci ha sido también profundamente estudiado desde posiciones demócrata cristianas, como las del polémico Ruggero Orfei (1965).

con posterioridad a la desaparición de Marx y Engels, huyendo de la concepción reaccionaria de una secta aferrada a las viejas concepciones.

Además de su importante y variada correspondencia sobresalen las complejas y significativas aportaciones al pensamiento marxista que realizara en sus famosos *Cuadernos de la Cárcel* redactados entre 1929 y 1935 y publicados póstumamente. En ellos presenta las utopías como un nexo entre los intelectuales y el pueblo: *Le Utopie sono dovute a singoli intellettuali, che formalmente se riattacano al razionalismo socrático della Repubblica di Platone e che sostanzialmente riflettono, molto deformato, le condizioni di instabilità e di ribellione latente delle grande masse popolari dell'epoca; sono, in fondo, manifesti politici di intellettuali, che vogliono raggiungere l'ottimo Stato. Bisogna tener conto in oltre delle scoperte scientifiche del tempo e del razionalismo scienziista che ebbe le sue prime manifestazioni proprio nel periodo della Controriforma. Anche il Principe del Machiavelli fu a suo modo un'Utopia. Si può dire che proprio l'Umanesimo, cioè un certo individualismo, fu il terreno propizio al nascere delle Utopie e delle costruzioni politico-filosofiche: la Chiesa, con la Controriforma si staccò definitivamente dalle masse degli "umili" per servirli i "potenti"; singoli intellettuali tentarono di trovare, attraverso le Utopie, una soluzione di una serie dei problemi vitali degli umili, cioè cercarono un nesso tra intellettuali e popolo: essi sono da ritenere per tanto i primi precursori storici de Giacobini e dell Rivoluzione francese, cioè dell'evento che pose fine alla Controriforma e diffuse l'eresia liberale, ben più efficace contro la Chiesa di quella protestantica* (Gramsci, 1929-35). En la concepción gramsciana de hegemonía, que concede un papel importante a los intelectuales en la consolidación y aceptación del dominio de la burguesía entre las clases populares, se sitúa también el concepto de utopía como intento de encontrar soluciones a algunos de los problemas vitales de los "humildes".

La gestación, desarrollo y evolución de la Segunda Guerra mundial supusieron un nuevo episodio que revoluciona la historia de las ideas. Muchos ciudadanos del centro y este de Europa, judíos, comunistas o liberales, se vieron obligados a emigrar a países y ciudades distintas, en una diáspora de materia gris¹⁰ y a publicar en lenguas diferentes, sobre todo en inglés¹¹. El filósofo húngaro Ernst Bloch (1885-1977), judío, que entraría en contacto con algunos de los miembros de la famosa escuela de Frankfurt¹², es uno de

10 A menudo se confunde la diáspora, contemplada desde los países de origen, con el *brain drain* organizado por los Estados Unidos en su irresistible ascensión a la hegemonía mundial.

11 Se ha señalado el impacto de estas forzadas migraciones intelectuales en la evolución de la literatura europea (Carreras, 2013, p. 149-150).

12 En 1923 Carl Grünberg (1861-1940), economista nacido en Rumania, creaba en la universidad Goethe de Frankfurt el Instituto de Investigaciones Sociales donde se formaron los filósofos y sociólogos de esta escuela antes de la diáspora. Se proponían repensar el marxismo sin partidismos ni sectarismo. Destacan entre sus miembros más conocidos Max Horkheimer (1895-1973), Theodor Adorno (1903-1969), Herbert Marcuse (1898-1979), Leo Lowenthal (1900-1993) o Friedrich Pollock (1894-1970). Representó

ellos. En 1918 publicó una obra sobre el espíritu de la utopía, de cualquier tipo de utopía (cultural, religiosa, política), en la que destacaba su triple papel de crítica de la realidad, de trazar un camino hacia el cual dirigirse y de calcular la posibilidad de su realización, con lo que ello tiene de esperanza. Algo más tarde el sociólogo alemán Karl Mannheim (1893-1947) publicó en Alemania, en 1929, una primera edición de su obra *Ideología y Utopía*, que reeditó, ampliada, en 1936, ya en Inglaterra (Mannheim, 1936). Esta edición fue prologada por el sociólogo urbano norteamericano Louis Wirth (1897-1952). Mannheim presenta las ideologías como los complejos de ideas que buscan justificar el orden establecido, mientras que las utopías representan los complejos de ideas que apuntan hacia una acción para cambiar aquel orden, no tan solo desvían el pensamiento del objeto observado, sino que también sirven para fijar la atención sobre aspectos de la situación que, de otra forma, quedarían eclipsados o pasarían inadvertidos (Mannheim, 1936).

Como señalaba Francisco Fernández Buey, la utopía ha tenido un largo y fructífero camino en el pensamiento marxista, por lo que no puede ni debe abandonarse. El hilo utópico debe seguir y así lo hace cosiendo la historia de alternativas. Como se ha señalado en párrafos anteriores, Marx y Engels suponen un importantísimo nudo de esa tradición. El recorrido hasta sus obras es un camino de propuestas utópicas que pretendían transformar una nueva realidad industrial en las incipientes ciudades capitalistas. Y sobre ellas es que Marx y Engels aportaron ideas maduras a los Estudios Urbanos que aún hoy pueden arrojar luz sobre las transformaciones en ciernes en lo que hoy no alcanzamos a denominar más que como ciudades postcapitalistas.

Cuatro son las obras de las que se puede extraer los elementos necesarios para tejer la concepción que Marx y Engels, muy distintas en cada uno de los textos, aportaron al estudio de las ciudades. No puede iniciarse este análisis por otra obra que no sea *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, publicada por Engels en 1845, antes de estrechar su relación con Marx. La obra es fruto de un gran análisis empírico del autor, cuando Marx aún se encontraba en pleno debate con Hegel y sus jóvenes seguidores. Esta primera obra de Engels representa, sin duda, la primera descripción de las incipientes consecuencias de la industrialización capitalista.

Si la atención se detiene en el índice de la obra puede constatarse el enorme peso que el autor otorgó al análisis de las diferentes ciudades, en el capítulo *Las grandes ciudades*, que a continuación se detalla: *Impresión inmediata de Londres (66) – Guerra social y sistema saqueador universal (67) – destino de*

para el pensamiento crítico algo parecido a lo que la Bauhaus de Weimar, creada cuatro años antes, vino a ser para el urbanismo y el arte.

los pobres en ello (68) – Los barrios malos en general (70) – De Londres: St Giles y alrededores/cercanías (70) – Whitechapel (73) – El interior de las viviendas de los proletarios (73) – Personas sin hogar en los parques (75) – Asilos de noche (76) – Dublin (78) Edimburgo (79) – Liverpool (82) – Las ciudades industriales: Nottingham, Birmingham, Glasgow, Leeds, Bradford, Huddersfield (83) – Lancashire: comentarios generales (89) – Bolton(90) – Stockport (91) – Ashton-under-Lyne (92) – Stalybridge (92) – Descripción detallada de Manchester: modo de construcción general (93) – La ciudad vieja (98) – la ciudad nueva (105) – Manera de construcción de los barrios obreros (106) – Patios y callejones traseros (106) – Ancoats (108) – Pequeña Irlanda (113) – Hulme (113) – Salford (114) – Resumen (116) – Casas de alojamiento (118) – Densidad poblacional (120) – Viviendas en sótano (120) Indumentaria de obreros (121) – Alimentación (122) – Carne mala (123) – Falsificaciones de mercancías (124) – Medidas falsas etc. (126) – Resumen (129).

Es sin embargo *La Ideología Alemana* la obra que contiene la aportación más relevante para los Estudios Urbanos. Así lo señalan las dos interpretaciones más importantes realizadas sobre las ideas de Marx y Engels entorno de la ciudad. La primera de ellas, *La pensée marxiste et la ville* de Henri Lefebvre publicada en 1972, supone una necesidad de puesta a punto para el filósofo francés que con *La Revolución Urbana* había inaugurado la fase intelectual dedicada a la cuestión urbana y que culminó con *La Producción del Espacio*. A Lefebvre se le dedicarán algunos párrafos en posteriores páginas.

También *El Manifiesto del Partido Comunista* de 1848 sintetiza de manera extraordinaria el proceso analizado en *La ideología alemana* de 1845. En el Manifiesto se encuentra la síntesis del proceso que origina y da forma a la ciudad industrial, además de incluir en su segundo apartado *Proletarios y Comunistas* el decálogo de medidas indispensables para transformar el modo de producción, mencionado en párrafos anteriores, cuya novena propuesta es la *combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la oposición entre la ciudad y el campo*.

Fijando la atención de nuevo en la obra de 1972 de Lefebvre, se recoge a la perfección en su índice los textos de Marx y Engels que son tratados en cada capítulo. Es analizada la contribución de Engels con *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, *La Ideología Alemana* en el segundo capítulo que lleva por título *La Ville et la division social du travail*, y que resulta ser el más extenso del libro. Los capítulos tercero y cuarto están dedicados al análisis de la *Contribución a la crítica de la economía política* y *El Capital* respectivamente.

La otra interpretación, esta vez de parte de un sociólogo, es la realizada por el italiano Gianfranco Bettin (n. 1955) en 1979. El análisis de la ciudad de

Marx y Engels se recoge en *Los Sociólogos de la Ciudad*, una obra que acaso puede proponer un esquema diferente de los Estudios Urbanos al que poco a poco va guiando el presente capítulo. El capítulo de la obra de Bettin dedicado a las aportaciones de Marx y Engels puede ser dividido en tres apartados. El primero, y más importante y extenso, dedicado al análisis del recorrido de la contradicción entre la ciudad y el campo y hasta la ciudad industrial, analizada con detalle en una segunda parte. Y un último apartado dedicado a la construcción de una ciudad utópica ante la ciudad del capital.

Una interpretación filosófica y una interpretación sociológica que vienen a reforzar la tesis de que la gran aportación de Marx y Engels a los Estudios Urbanos es la tensión -la contradicción- entre el campo y la ciudad, cuyo análisis resulta imprescindible para entender la formación del modo de producción capitalista. Es esta una tesis que al haber realizado los apuntes con las dos interpretaciones previas puede resultar evidente. Sin embargo ha sido repetidamente ventilada la falsa afirmación que Marx y Engels jamás hablaron, ni pretendieron hacerlo, de la ciudad.

Cuando se debate de la aportación de Karl Marx y Friedrich Engels a los Estudios Urbanos no puede hablarse, pues, de otra cuestión que del análisis del modo de producción capitalista y de uno de los elementos centrales de la definición de cualquier modo de producción: la contradicción entre el campo y la ciudad¹³. La separación entre el campo y la ciudad es la expresión de unos intereses divergentes que se manifiestan en esa contradicción al ser organizados, a partir de una división territorial del trabajo, en base a unas clases sociales portadoras de esos intereses con sus respectivas instituciones.

La contradicción entre el campo y la ciudad, como cualquier proceso social, es irreversible. Es por ello que para Marx y Engels el devenir histórico de las sociedades humanas nace del conflicto dialéctico entre campo y ciudad. Del resultado de ese conflicto surge un nuevo modo de producción, una nueva sociedad. Las sucesivas transiciones y el análisis del papel de dicha contradicción en cada una de ellas forman parte del marco teórico de la investigación que se desarrolla en posteriores epígrafes del presente capítulo. Todo esto fue desarrollado a lo largo de *La Ideología Alemana*, en la que también se recoge la detallada construcción de la concepción materialista de los autores.

13 Una versión más pormenorizada ha sido publicada en el Número 218 de la Revista *Nous Horizons* en una colaboración del director y el autor de la tesis bajo el título *Marxime i ciutat: una qüestió essencial no prou destacada*.

2.1.2. La institucionalización de la Sociología Urbana

El objetivo de este primer apartado del capítulo es ofrecer un análisis de las diferentes hegemonías político-académicas por las que han transitados los Estudios Urbanos, así como los que podemos considerar sus antecedentes. A pesar de que el esquema presentado con anterioridad y al que se va dando forma en estas líneas es mucho más completo, se centra la atención en los momentos de mayor hegemonía de un pensador, un grupo de pensadores, o una Escuela. Es por eso que se realiza un salto en el tiempo, y aunque no se obvian, no se detallan aportaciones al estudio de lo urbano tan importantes como las de Max Weber, Georg Simmel, Henri Pirenne o Raoul Blanchard, entre otros, a pesar de que muchos de ellos ejercieron una importante influencia en la gran escuela del pensamiento sociológico de los años veinte del siglo XX que es la Escuela de Chicago.

Efectivamente el desarrollo de la Sociología Urbana avanzó por donde antes otros habían marcado el camino cuando se detuvo en Chicago a finales del siglo XIX. Durante la gran parte del siglo se produjeron en Chicago transformaciones importantes que la conectaron con los principales centros industriales del país, desarrollando importantes sectores de la economía, lo que hizo que se desplazaran hasta allí cientos de miles de personas buscando donde emplearse. La ciudad llegó en 1870 a los 300.000 habitantes, muchos de ellos migrantes procedentes de Gran Bretaña, del norte y este de Europa, así como afroamericanos del sur del país, pasando a ser la segunda ciudad de los Estados Unidos.

No es de extrañar que un fuerte movimiento obrero se desarrollara entonces en Chicago. Las huelgas que en mayo de 1886 llevaron a cabo los trabajadores bajo la reclamación de la jornada laboral de ocho horas, condujeron a enfrentamientos con la policía, que acabaron con detenciones y penas de muerte para muchos de los detenidos, en lo que se conoce como la revuelta de Haymarket. En conmemoración de aquellas luchas el primero de mayo es, a partir de 1889, el Día Internacional de los Trabajadores.

Las consecuencias de aquellas transformaciones, especialmente la reconstrucción del centro tras el incendio de 1871, hicieron que Chicago se convirtiera en el genuino caso de estudio que dio como resultado toda una escuela de Sociología, con punto de partida en 1892 cuando Albion Woodbury Small (1845-1926) fundó el Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Chicago. En aquellas primeras décadas, el Departamento hizo del análisis de las condiciones y las dinámicas sociales de Chicago el estudio de los procesos y las transformaciones sociales que

la sociedad moderna comportaban. Característica fundamental de esta primera etapa de la Escuela de Chicago fue el cultivo de diferentes enfoques metodológicos, desde el empirismo cuantitativo de Small al culturalismo cualitativo de Thomas (1863-1947) y Zaniecki (1882-1958), de los que hay que destacar la obra *The polish peasant in Europe and America 1918-1920*, en la que se ponen en práctica muchas de las metodologías cualitativas y etnográficas pioneras en aquel momento.

La segunda de las etapas en las que habitualmente es interpretada la Escuela de Chicago es sin duda la más madura e influyente. La primera generación que da origen a la Escuela institucionalizó e inauguró muchas de las líneas de investigación que más tarde encontrarían un mayor alcance. Sin embargo la segunda generación dio un paso importante consolidando la disciplina sociológica y estableciendo la definición de uno de los paradigmas más importantes en Sociología Urbana y los estudios de la ciudad.

Con la publicación de *The City* en 1925, Robert E. Park (1864-1944), junto a Ernest Burgess (1886-1966), Roderick MacKenzie (1885-1940), y un joven Louis Wirth (1897-1952), inició esa segunda etapa en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago. Dicha etapa supuso, pues, la construcción de la Ecología Humana como una disciplina cuyo objeto de estudio fue los procesos humanos y sociales de acuerdo a su adaptación al medio. La Ecología Humana es la primera sistematización de una teoría de la ciudad, dotándola de poder causal en la explicación de fenómenos sociales, integrando la sociología y la antropología en un intento de generar una disciplina no estrictamente sociológica, hecho que influyó en el desarrollo de diferentes metodologías y técnicas, así como en la producción de un tipo de trabajos u otros.

Si se puede hablar de una Escuela de Sociología de Chicago es, sobre todo, porque con la publicación de *The City* se da forma a un proyecto de investigación colectivo sobre un nuevo paradigma y unas hipótesis definidas. No sólo eso, con la primera generación la Escuela de Chicago ponía en marcha un Departamento universitario e institucionalizaba y daba cuerpo a una disciplina como la Sociología en los Estados Unidos. Esto es posible contrastarlo por los numerosos debates que abrió la Escuela de Chicago que aún hoy resultan ser las grandes cuestiones de la Sociología, a partir del estudio de la ciudad, pero no solo en relación con ella. Cuestiones tales como la del individuo y la acción colectiva, el individuo y las instituciones, la acción y la estructura, el cambio social, la sociología de la familia, de la inmigración, de la comunicación, de las profesiones, entre otras.

Todo ello, junto a una fuerte institucionalización, otorga a aquel conjunto de intelectuales la categoría de Escuela en una primera acepción. Albion Small y Ernest Burgess fueron editores de la *American Journal of Sociology*, y Robert Park, William Thomas y de nuevo Albion Small tuvieron el cargo de Presidente de la *American Sociological Association*. Ambas instituciones siguen siendo hoy, en una ciencia y una universidad vastamente transformadas, referentes en la Sociología.

Es común, también, a todos los miembros de la Escuela de Chicago la enorme influencia de autores alemanes y franceses. En la exposición de Park en *The City* pueden apreciarse ideas de Georg Simmel o Émile Durkheim (1858-1917), en una clara continuidad de esos primeros sociólogos del siglo XX y las investigaciones surgidas del Departamento de Sociología de Chicago. La Escuela de Chicago es por tanto una continuidad excepcional que se inscribe a la perfección en el ambiente científico y político del momento.

La comunicación -a menudo confusa- entre las Ciencias Sociales y las Ciencias Naturales ayudan a entender en gran parte las líneas de investigación de la Escuela de Chicago. La transposición entre unas y otras se explica por el prestigio del que gozaba la Biología a inicios del siglo XX y la necesaria independencia de la Sociología respecto de la filosofía que en 1895 había ya señalado Durkheim en *Les règles de la méthode sociologique*. Esta es, en gran parte, la base sobre la que se sostiene la Ecología Humana.

Disecionar todo un paradigma es una tarea compleja, y aunque no sea un objeto de estudio privilegiado en la presente investigación, si debe incluirse en este apartado una mínima interpretación crítica de la Ecología Humana. De esta hay que destacar, en primer lugar, y en relación a la idea contenida en el párrafo anterior, la concepción competitiva de las sociedades humanas de igual forma que ésta opera en las sociedades animales y vegetales. La sociedad se daría entonces en el momento que la competencia declina, la lucha se vuelve sutil, y surgen las instituciones que permiten el consenso.

La competencia opera en la comunidad humana (al igual que lo hace en la comunidad vegetal y animal) para realizar y restaurar el equilibrio comunitario cuando éste es alterado por la aparición de algún factor extraño procedente, del exterior o cuando sencillamente sucede en el curso normal de su ciclo de vida. Así, cada crisis inicia un periodo de rápido cambio durante el cual la competencia se intensifica, desembocando en un periodo de equilibrio más o menos estable y en una nueva división del trabajo. De esta forma la competencia crea una condición

por la cual es sustituida por la cooperación. Puede decirse que cuando la competencia declina y en la medida en que lo hace, el tipo de orden que llamamos “sociedad” existe. En resumen, la sociedad, desde un punto de vista ecológico, y en la medida en que se trata de una unidad territorial, es precisamente el área donde la competencia biótica declina y la lucha por la existencia asume formas más sublimadas y superiores (Park, 1936).

Una fuerza natural como la competencia genera las áreas naturales que al ser sectores de la ciudad siempre atribuidas a una función hacen de ella un organismo, además de una creación humana. Park afirma que *un sector de la ciudad es denominado “área natural” porque surge sin plan previo y desempeña una función, aunque esa función, como sucede con los barrios bajos, pueda no responder al deseo de todos. Es un área natural porque posee una historia natural. La ciudad es, de hecho, una constelación de áreas naturales, cada una de las cuales posee su medio característico y ejerce una función específica en la economía global de la ciudad (Park, 1929).*

Esas áreas naturales no pueden explicarse sin *los procesos de segregación (que) instauran distancias morales que convierten la ciudad en un mosaico de pequeños mundos que se tocan sin llegar a penetrarse. Esto hace posible que los individuos pasen rápida y fácilmente de un medio moral a otro y alienta la fascinante aunque peligrosa experiencia de vivir al mismo tiempo en mundos diferentes y contiguos, pero por lo demás completamente separados. Todo eso tiende a conferir a la vida urbana un carácter superficial y casual, a complicar las relaciones sociales, y a producir nuevos y divergentes tipos de individuos (Park, 1925).*

Para Park la segregación urbana se realiza a través de las regiones morales, esto es, la tendencia segregadora se realiza en base a los intereses y gustos de la población. Park lo explica de la siguiente manera: *Es inevitable que los individuos que buscan las mismas emociones, ya se trate de una carrera de caballos o de una gran ópera, se encuentren de un tiempo a otro en los mismos lugares. Como consecuencia, en la organización espontánea de la vida urbana, la población tiende por sí misma a segregarse, no sólo en virtud de sus intereses, sino también de acuerdo con sus gustos y sus temperamentos. La distribución de la población resultante puede ser por completo diferente de la que producen las condiciones económicas y los intereses profesionales (Park, 1925).* Es este uno de los problemas teórico-metodológicos más importantes de la Escuela, la explicación de muchos de los procesos sociales –en este caso los procesos de segregación– obviando el conflicto y la divergencia de intereses, situándose en explicaciones muy alejadas de las que Engels ofreció para todas aquellas ciudades inglesas. Así se recoge en *The City: De este modo, la población urbana se organiza y se distribuye siguiendo un proceso no previsto ni dominado (Park, 1925).*

La fuerza natural que es la competencia, la ciudad como conjunto de áreas naturales, la complejización de las relaciones sociales, y los procesos de segregación, junto a conceptos propios de la biología como la adaptación, constituyen los elementos fundamentales de la Ecología Humana de la Escuela de Chicago. Así la dejó definida uno de sus miembros más brillantes: *la Ecología Humana no era una rama de la sociología sino una perspectiva, un método y un aparato de conocimiento para el estudio de la vida social, era una disciplina general, fundamental para todas las ciencias sociales (Wirth, 1945).*

La Escuela de Chicago sigue representando hoy uno de los paradigmas teórico-metodológicos más importantes en los Estudios Urbanos, llegando a institucionalizar una disciplina como la Sociología Urbana. Muchas de sus aportaciones teórico-interpretativas siguen hoy estudiándose, y son debatidas cuestiones que fueron impulsadas por los miembros de la Escuela. Es el caso de los modelos concéntricos de Burgess de 1925, el modelo de sectores de Hoyt de 1939 y los modelos multinucleares de los geógrafos Chauncy Harris (1914-2003) y Edward Ullman (1912-1976) de 1945, todos ellos en permanente diálogo.

Sin embargo, la crisis de las tesis funcionalistas a lo largo de las décadas centrales del siglo XX hizo embarrancar las elaboraciones de una Escuela institucionalmente ya en declive. El problema de obviar el papel determinante del conflicto en la construcción de sociedades y de las ciudades conlleva en gran parte la desatención al cambio social. A pesar del carácter reformista de muchos de los miembros de la Escuela de Chicago, especialmente la militancia en el *City Club of Chicago* de los miembros de la primera generación que acabó con Thomas expulsado de la Universidad, las tesis de la Escuela pueden ser calificadas de funcionalistas por la influencia organicista spenceriana y la creencia en la tendencia al equilibrio y la posterior justificación del *statu quo*.

Seguramente esta cuestión se recrudeció con la segunda generación. Pueden encontrarse textos, como el que a continuación se reproduce, en el que Park y Burgess presentan una clara posición descriptiva en cuanto al papel de la ciencia, desechando el carácter normativo de la misma, y señalando, de nuevo, el gran prestigio de las ciencias naturales en aquel momento y la gran influencia que ejercieron en la Escuela de Chicago. *Lo primero que tienen que aprender los estudiantes de sociología es a observar y a registrar sus observaciones más que a formular opiniones. Los hechos más importantes de que tienen que ocuparse los sociólogos son opiniones (actitudes y sentimientos); pero en tanto que [...] no aprendan a tratar las opiniones como los biólogos tratan los organismos -es decir, disecándolas, reduciéndolas a sus*

elementos primarios, describiéndolas [...] no cabrá obtener un progreso señalado de la ciencia sociológica (Park, Burgess, 1921).

Queda entonces definida la ciudad como algo más que una aglomeración de individuos y de servicios colectivos: calles, edificios, alumbrado eléctrico, tranvías, teléfonos, etc.; también es algo más que una simple constelación de instituciones y de aparatos administrativos: tribunales, hospitales, escuelas, comisarías y funcionarios civiles de todo tipo. La ciudad es sobre todo un estado de ánimo, un conjunto de costumbres y tradiciones, de actitudes organizadas y de sentimientos inherentes a esas costumbres, que se transmiten mediante dicha tradición. En otras palabras, la ciudad no es simplemente un mecanismo físico y una construcción artificial: está implicada en los procesos vitales de las gentes que la forman; es un producto de la naturaleza y, en particular, de la naturaleza humana (Park, 1925).

La Escuela de Chicago aunque dejó un legado teórico y unos objetos de investigación bien delimitados, puso, por tanto, el acento en la explicación del desorden y la búsqueda de la estabilidad social, obviando los conflictos y los intereses en juego en cualquier sociedad. Esta crítica recogida por Manuel Castells en *La Cuestión Urbana*, desembocó en los resultados de una investigación empírica que concluiría la determinación estructural de la producción espacial, como se verá a continuación.

2.1.3. La Sociología Urbana se desplaza a Europa

Más o menos en paralelo, durante la primera mitad del siglo XX, y tras el triunfo de la revolución rusa, se desarrollaron fuertes críticas a los modelos urbanos existentes por parte del marxismo ortodoxo, cultivado principalmente en las universidades soviéticas. Críticas que se centraron en definir a la ciudad como centro de consumo y aburguesamiento¹⁴. La respuesta a estas críticas desplazó la Sociología Urbana a Europa al quedar la sociología americana atrapada en las tesis funcionalistas, la politizó, y la convirtió –junto a la ciudad– en un diálogo entre las diferentes concepciones marxistas del momento, y un debate entre estas y las renovadas tesis weberianas anglosajonas, en unas décadas en las que aparecieron ya numerosos y profundos cambios sociales que urgían nuevas interpretaciones.

Las diferentes corrientes de la Sociología de tradición marxista estimularon varios de los debates más importantes en las décadas centrales del siglo

¹⁴ El marxismo ortodoxo, tras la Revolución Rusa, y los procesos revolucionarios en China y Cuba, veía a la ciudad como el elemento perturbador del compromiso marxista. La obra “Révolution dans la révolution” de Régis Débray es una de las mejores muestras del antiurbanismo marxista.

XX. Algunos de estos debates modificaron substancialmente los métodos de análisis y las perspectivas teóricas en un momento de grandes cambios políticos, fundamentalmente tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y el advenimiento de un nuevo tipo de sociedad basada en el Estado del Bienestar y un período político y socialmente convulso. Sin duda, aquel contexto ayuda a explicar la fructífera actividad científica de la Sociología Urbana francesa y el nuevo impulso al debate sociológico crítico que suspusieron sus debates¹⁵.

En torno al proyecto que Michel Conan¹⁶ dirigió a principios de los sesenta se encontrarían los científicos que más tarde crearían la Escuela de Sociología Francesa (Castells, 1998). Diferentes líneas surgieron de aquel trabajo: Henri Lefebvre y la importancia de la variable espacial en las relaciones de clase, el marxismo ortodoxo de Edmond Preteccille y otros, Michel Foucault (1926-1984) y el papel del poder en la vida cotidiana, y por último, los estructuralistas con Louis Althusser a la cabeza. De aquella escuela sobresalen dos figuras, Henri Lefebvre y Manuel Castells. La Sociología Francesa de finales de los años sesenta reintrodujo la variable espacial -la ciudad- en el análisis social, superando la posición antiurbana del marxismo ortodoxo de lustros anteriores, que consideraba a la ciudad la cristalización de todos los vicios capitalistas¹⁷ (Lefebvre, 1972). Y es que la Escuela Francesa de Sociología es una escuela por la segunda acepción del término, un conjunto de intelectuales que a pesar de no tener un programa común de investigación compartían los espacios necesarios para el debate. Es esto quizá lo que hoy hayan perdido las Ciencias Sociales y hagan de ellas conocimientos esparcidos en el mejor de los casos.

15 Bajo el mandato de Charles de Gaulle (1958-1969) se produce una explosión del crecimiento urbano y un crecimiento inmobiliario importante, desarrollo al que contribuyen en gran medida las políticas urbanas practicadas desde la Presidencia de la República. Es en este contexto que la Sociología Urbana francesa de los años 60 con autores de referencia como Henri Lefebvre, Manuel Castells o Chombart de Lauwe, entre muchos de sus discípulos y ayudantes, consiguieron armar en aquel momento una subdisciplina como la Sociología urbana que supuso, al margen de las consideraciones científicas o ideológicas de sus obras, un revulsivo a la situación de la sociología como disciplina científica sumida en el cuantitativismo y el funcionalismo norteamericano. La combinación entre una fuerte politización y una fructífera institucionalización independiente de los diferentes Centros e Institutos, explican esa evolución.

16 La figura de Michel Conan es clave para entender la escuela francesa de sociología. Dirigió el primer programa de investigación en temas urbanos financiado por el Ministerio de Vivienda y Asuntos Urbanos, tras la revolución del 68 y la constatación por parte del poder de la base urbana de las reivindicaciones. La importancia de Conan es recogida también en Lassave, P. *Les sociologues et la recherche urbaine dans la France Contemporaine*. Tampoco puede olvidarse el papel del, en palabras de Castells, mayor teórico de los movimientos sociales, Alain Touraine, líder de este grupo que rápidamente quedó marginado.

17 En gran medida la posición marxista ortodoxa respecto a la ciudad y lo urbano surge de la confrontación de dos realidades supuestamente dicotómicas: lo rural y lo urbano, la idealización de la primera y la identificación de la segunda como el espacio propio de la industrialización y los propietarios de los medios de producción, todo resumido en la locución latina *locus amoenus*.

Héni Lefebvre fue el primer crítico de ese marxismo ortodoxo, posición que le comportó no pocas dificultades en el desarrollo de su carrera académica, como se detallará en posteriores capítulos. No obstante Lefebvre inicia su reflexión, de un fuerte componente filosófico y culturalista, en torno al poder ejercido en la vida cotidiana de la ciudadanía y la crítica a la cultura estandarizada¹⁸, seguramente influenciado por su paso por el sistema de educación media como profesor de filosofía por el que pasaban los formados en sociología. En *La critique de la vie quotidienne* de 1947 se exploró el argumento de cómo el poder ejerce el control sobre los ciudadanos inconscientes dando forma a la vida cotidiana. El texto animaba también a la ruptura cultural, que influenció la creación el Movimiento Situacionista de Guy Debord (1931-1994) diez años más tarde, en 1957, a pesar de que Lefebvre no participó directamente de los acontecimientos de aquel mayo de 1968 en el que desembocó el Movimiento Situacionista.

Hay que situarse en la década de los años sesenta para encontrar las primeras obras de Sociología Urbana de Lefebvre, justo cuando se inician los procesos reformadores del centro de París. El resultado de sus investigaciones son cuatro obras de incuestionable interés. En 1968 apareció *Le droit a la ville* que aún hoy, 50 años después, continua inspirando a numerosos movimientos sociales de base urbana. Con *La Révolution urbaine* en 1970, Lefebvre enunciará la más importante de sus hipótesis, a saber, la urbanización completa de la sociedad que entonces era únicamente una realidad virtual, que hoy es fundamental para el impulso y desarrollo de unos Estudios Urbanos renovados, a lo que se pretende contribuir con esta investigación.

Lanzada la hipótesis debían ser aclarados los antecedentes sobre la cuestión, aclaración que quedó recogida en *La pensée marxiste et la ville* publicada en 1972, y a la que ya se ha hecho alusión en páginas anteriores. La aportación más completa y compleja de Lefebvre quedó recogida en *La production de l'espace* de 1974 en la que se incluyó lo que aún hoy continua siendo objeto de debate, una nueva concepción del espacio “*como un producto que sirve como herramienta de pensamiento y acción [...] además de ser un medio de producción es también un medio de control, y por tanto de dominación y de poder*”. La tesis desarrollada fue, pues, la de que el espacio es un producto social basado en ciertos valores y que la producción social del espacio urbano es fundamental para la reproducción del sistema social en su conjunto.

18 En “La critique de la vie quotidienne” Héni Lefebvre expone los mecanismos por los que el poder controla a los ciudadanos a través a de la vida cotidiana. De un fuerte contenido culturalista, la obra de Lefebvre será fundamenal para el desarrollo del movimiento situacionista de 1968, movimiento que abre las puertas del nuevo momento cultural que acabará dominando el posmodernismo.

Es en este momento, y con la irrupción de los acontecimientos de Mayo del 68, cuando se acentúa el debate entre marxistas de corte filosófico y los estructuralistas como Althusser. De aquí partieron las aportaciones más importantes de uno de los discípulos de Lefebvre, Manuel Castells. Lefebvre y Castells dieron un impulso a la Sociología Urbana a partir del debate que mantuvieron a lo largo de los primeros años de la década de los setenta. ¿Cuál es la relación entre el espacio y la estructura social? ¿Es el espacio una variable independiente de la estructura económica, política y social? En la tarea de generar un nuevo marco teórico para la Sociología Urbana, una vez desmontados los principios de la Escuela de Chicago, Castells construye la primera crítica a su maestro: resulta un error considerar el espacio como independiente de las relaciones de producción, ya que es la lógica de cada modo de producción la que condiciona cómo se distribuyen las personas y las clases sociales en el espacio, tesis que Castells recogió fundamentalmente en *La Cuestión Urbana* (Castells, 1972). Antes, Manuel Castells había dedicado esfuerzos a la crítica de la Escuela de Chicago y su determinismo espacial desde el estructuralismo que inspiraba entonces Louis Althusser. Esta crítica quedó recogida en *Problemas de investigación en Sociología Urbana*, publicada en 1971. La etapa “francesa” de Castells finalizó pronto, y en 1979 partía hacia la Universidad de California donde redirigió sus investigaciones culminadas con la publicación de los volúmenes de *La Sociedad red*.

Con la publicación de *La producción del espacio*, Lefebvre asumió el relevante papel de la economía política en la producción del espacio, concluyendo que el conflicto de clases tiene una dimensión espacial, pero que dentro de su autonomía corren a menudo en paralelo¹⁹ (Lefebvre, 1974). La posición de los althusserianos²⁰ –entre los que se encontraba Castells– admitió que el espacio es producto de una estructura social determinada, pero en ningún caso el espacio tiene capacidad estructurante, esa capacidad sólo la posee el modo y las relaciones de producción. Tras ellos y su debate, llegó la hegemonía de la sociología posmoderna, y con ella la pérdida de la reflexión teórico-metodológica entorno a las relaciones entre lo espacial y lo social²¹.

19 La conocida tesis de Lefebvre es la que considera a la industrialización como inicio de un proceso urbanizador que alcanzará a todo el planeta, a través de una revolución urbana con la que llegará la sociedad urbana.

20 En referencia a los seguidores de Louis Althusser, que se erigió como el intérprete marxiano en su versión más estructuralista, esto es, dándole total poder explicativo a la variable estructural.

21 Fruto de una triple crisis la Sociología Urbana marxista entró en los años ochenta en franca decadencia. a) los objetos de estudio de la Sociología Urbana durante las décadas precedentes se transformaron sin que pudieran ser explicados, b) las políticas neoliberales de los 80 acabaron por laminar la solvencia económica de las instituciones de investigación urbana, y c) los paradigmas teóricos de la Sociología Urbana marxista

El debate que reunió a gran parte de la sociología francesa a su alrededor fue un debate fuertemente institucionalizado en diferentes espacios. No sólo participaron del mismo los departamentos universitarios, también numerosos centros de pensamiento, institutos de análisis social y diversos organismos de planificación del Estado. La Escuela Francesa de Sociología fue, sobre todo, un debate. Un debate que fructificó en importantes líneas de investigación teóricas y empíricas que se extienden en el tiempo y en el espacio; la evolución intelectual de Manuel Castells es un buen ejemplo de ello. El estudio de los movimientos sociales centró numerosos trabajos tras el debate al que se hace referencia, y se erigen como verdadero objeto de estudio de las ciencias sociales, precisamente por el enfoque político-académico del debate. Es por ello oportuno que una reflexión sobre el espacio y los movimientos sociales hoy también se apoye en aquellas reflexiones (AA.VV., 1983).

2.1.4. ¿Qué ha sido de la Sociología Urbana? La Nueva Era Urbana y sus resistencias

Se retoma el epígrafe donde el anterior murió, siguiendo la evolución y producción intelectual de Manuel Castells, con el objetivo de dar respuesta a la pregunta que encabeza el apartado. Castells, nacido en Albacete y formado en la Universidad de Barcelona, es habitualmente ubicado en la Escuela Francesa, por haber realizado durante la estancia en París las aportaciones de mayor influencia, en parte debido al fructífero debate mantenido con Lefebvre, y desarrollado al menos en parte en el epígrafe precedente.

La producción francesa de Castells contiene, pues, dos primeras obras dedicadas a lo urbano: *Problemas de investigación en Sociología Urbana* de 1971 y *La Cuestión Urbana* publicada en 1972, y otras dos en las que se inicia, de la mano de Alain Touraine (n. 1925), la reflexión en torno a los Movimientos Sociales. Con *Movimientos Sociales Urbanos*, obra aparecida en 1974, Castells plantea una primera definición de los movimientos sociales²² de y en la ciudad, en la que se apoya el programa político posterior que recogió en *Madrid para la democracia. La propuesta de los comunistas* publicado en 1977 junto a *Ciudad, democracia y socialismo: la experiencia de las Asociaciones de Vecinos de Madrid*, ante el inminente asalto a las institucio-

sucumbieron, como tantos otros, ante la embestida del neopositivismo y el posmodernismo.

²² Una aportación del autor de esta tesis al debate fue la publicada en 2017 en el compendio *Espacios del consumo y el comercio en la ciudad contemporánea* de la UNAM bajo el título *Rupturas urbanas: el espacio de los movimientos sociales en la ciudad contemporánea. El caso del 15-M en España*.

nes locales con las primeras elecciones y la consecuente constitución de los Ayuntamientos democráticos en España. El carácter programático del libro de 1977 se debe, en parte, a la influencia de los urbanistas italianos del momento, como Francesco Indovina (n. 1933), Giuseppe Campos Venuti (n. 1926), o Piere-Luigi Cervelati (n. 1936), representantes del grupo de urbanistas de Venecia.

Con su traslado a la Universidad de Berkeley, en California, en 1979, Castells vivirá una transformación epistemológica clara, para unos más evidente que para otros. Publicada en 1983, *The city and the grassroots* supone en la evolución intelectual de Castells el inicio del despojo del supuesto determinismo marxista y la incorporación de variables apoyadas más en la agencia que en la estructura. De este segundo período surgen también los estudios relacionados con el análisis de lo que se conoce como sociedad posindustrial, de las que hay que destacar *The information age*, publicada en 1996, en la que se sostiene que las transformaciones globales acontecidas en la décadas de los ochenta y noventa que han cambiado la manera de producir, consumir, gestionar y pensar se apoyan sobre una nueva infraestructura informacional (Castells, 1996).

La información se ha convertido, pues, en la base sobre la que el poder y el capital hoy circulan en la que Manuel Castells denomina la “sociedad de flujos”. En ella también se ha visto aumentada la difusión de expresiones culturales y simbólicas, de identidades sociales y políticas, en las que los medios de comunicación se han revelado como el principal espacio de disputa por la hegemonía política. En un contexto de fuerte inclinación del conflicto de clase en favor las fuerzas del capital, algunos pensadores señalan una emergente crisis de los Estados nacionales al perder competencias en la gestión y control de esos flujos (Sassen, 2003; Castells, 1997) mientras que otros apuntan a un reescalamiento de sus competencias y a una reconfiguración de su papel (Brenner, 2003). Lo cierto es que, al menos los poderes estatales, son hoy superados por instituciones globales que imponen ciertas políticas regresivas para la mayoría de la población y con un claro desprecio a la soberanía nacional de los mismos.

La tesis defendida por Castells y Saskia Sassen (n. 1949) es, pues, que el complejo económico surgido del proceso de globalización neoliberal se encuentra articulado en una red de ciudades que a la vez que concentran grandes cantidades de capital y capacidad de gestión, generan nuevas desigualdades o cronifican las ya existentes. Todo ello en uno de los procesos de urbanización más importantes de la historia, en el que continúa la concentración de población, capital y cultura en aglomeraciones cada vez mayores y en todos los continentes.

En su último traslado en el año 2000 a la Universitat Oberta de Catalunya en Barcelona, Manuel Castells retomó los estudios sobre los Movimientos Sociales, esta vez estrechamente vinculados al nuevo medio informacional, internet y las redes sociales, descrito y analizado en sus anteriores publicaciones. En el año 2001 apareció *The internet Galaxy*, en el que se sigue trazando el recorrido desde la sociedad en red a los nuevos movimientos sociales y al papel fundamental de las redes sociales en la organización de la protesta. Esta última etapa supone, pues, la conjunción de los primeros estudios sobre Movimientos Sociales del Castells “francés” esta vez en la era de la información analizada en su etapa estadounidense.

Paris, Berkeley, Barcelona. Estos son los lugares que componen y dan forma al recorrido intelectual de Manuel Castells. Su traslado a la Universidad de California supuso la entrada en contacto con el mundo académico anglosajón, especialmente con la conocida como Escuela de Los Angeles, en la que destacan Mike Davis (n. 1946), Michael Dear, Allen Scott (n.1938) o Edward Soja (1940-2015), que supusieron un fuerte impulso para la geografía urbana crítica en la década de los noventa. Y no solo eso. La derrota del mayo de 1968²³, la desorientación política y académica del marxismo, entre otros, provocó de nuevo el traslado del debate a los Estados Unidos y a la actual hegemonía académica denominada Nueva Era Urbana.

¿Cuál es la génesis de dicha hegemonía? En el esquema que encabeza el presente capítulo pueden señalarse, al menos, tres intelectuales de difícil encaje en una u otra disciplina universitaria. Los trabajos de Lewis Mumford (1895-1990), Kevin Lynch (1918-1984) y Jane Jacobs (1916-2006) suponen aportaciones muy relevantes, aunque de distinta naturaleza, para el estudio de las ciudades, y seguramente lo sean por moverse en las fronteras de todas las disciplinas²⁴ universitarias que forman los Estudios Urbanos. Es precisamente este hecho el que ha conseguido que estos tres autores hayan sido utilizados para sostener argumentaciones en sentidos muy distintos, a menudo contradictorios, animando ciertos debates en áreas específicas del conocimiento.

Este es el caso de la Nueva Era Urbana, que puede ser considerada como el “paradigma” mayoritario y hegemónico en los actuales estudios sobre la ciudad. No resulta sencillo caracterizar la actual tendencia en los Estudios

23 Aunque no pueda ser considerada una derrota en algunos aspectos, hay muchas conquistas sociales cuyo origen es aquel movimiento popular del 68, sí lo es en cuanto a sus objetivos políticos estrictamente hablando, así como en las consecuencias sobre la redirección de los nuevos paradigmas en las Ciencias Sociales.

24 Tan sólo Kevin Lynch es propiamente arquitecto urbanista, discípulo del gran Frank Lloyd Wright (1867-1959) en su escuela Taliesin, en Wisconsin.

Urbanos, ya que presenta discursos muy diferentes. Aunque de reciente consolidación, la Nueva Era Urbana, con sus diferentes dimensiones, se sitúa hoy como el artefacto comprensivo hegemónico para el estudio de las ciudades, debate que hoy ocupa la esfera pública sean librerías, universidades, medios de comunicación o el propio debate político.

El primero de los discursos que componen la Nueva Era Urbana es el que presenta a las ciudades como el asentamiento final, el producto más sofisticado de la civilización humana, y símbolo del desarrollo y la prosperidad. El texto que mejor recoge este discurso es el libro, convertido en best-seller según *The New York Times*, de Edward Glaeser (n. 1967) *Triumph of the city* publicado en 2011, en el que, supuestamente basado en las ideas de Jane Jacobs, asegura que el triunfo de la ciudad entendida como la mayor invención del ser humano puede hacernos más ricos, más inteligentes, más verdes, más sanos y más felices, como indica en el propio subtítulo de su libro. Por el contrario, el ya citado Edward Soja se apoyó en las ideas de Jane Jacobs para la redacción de su obra *Postmodern Geographies* para reforzar la hipótesis de la revolución urbana de Lefebvre.

Glaeser falsea las ideas de Jane Jacobs recogidas, la mayoría de ellas, en *The economy of cities*, publicado en 1961, y en *Cities and the wealth of nations*, publicado este en 1974, y ofrece los principales elementos para la caracterización de la Nueva Era Urbana. Debe tenerse en cuenta, en primer lugar, la concepción de la ciudad, en singular en el mismo título del libro, como un artefacto universal en la que poder aplicar las medidas propuestas para lograr los objetivos antes mencionados. La confusión del sujeto entre unas ciudades relacionadas con las naciones y una ciudad desvinculada, cerrada en sí misma, considerada la mejor invención del ser humano, en un claro sentido evolucionista totalmente errado.

Esa concepción de la ciudad como artefacto universalizable da paso a otra de las actitudes propias de la Nueva Era Urbana, la de la concepción y uso de técnicas y herramientas propias de ciencias que no son las Ciencias Sociales para aproximarse al conocimiento de la ciudad. Una aproximación que se realiza en base a la definición empírica de la ciudad, a través de la información censal, marcando una clara frontera entre lo que es y no es ciudad con el único criterio de la dimensión de la población de determinadas áreas administrativas (municipios, condados, comunas). Ideas en clara sintonía con la actual dirección de las políticas de Naciones Unidas, que en 2008, cuando más del 50% de la población habitaba ya en las ciudades así estadísticamente consideradas, proclamó una nueva era urbana.

Hay que destacar también los discursos sobre la sostenibilidad urbana, otra de las supuestas palabras clave para los equipos de investigación que quieren obtener un proyecto de investigación competitivo. Estos discursos otorgan un papel fundamental a la crisis ecológica del planeta, y ven a la ciudad como problema y como solución. En estos discursos también se realizan propuestas dentro del denominado urbanismo ecológico que provienen sobre todo del diseño y la arquitectura. Pueden encontrarse algunos ejemplos en recientes políticas de movilidad puestas en marcha en la ciudad de Barcelona como la nueva red de autobuses ortogonales y las consiguientes supermanzanas, diseñadas por la Agencia de Ecología Urbana dirigida por Salvador Rueda (n. 1953), licenciado en biología.

El desarrollo de estos discursos y el crecimiento de la hegemonía de las tesis o ideas y temas de la Nueva Era Urbana pueden explicarse como resultado de un recorrido intelectual y académico. No obstante, también debe tenerse en cuenta que el auge de los discursos antes descritos coincide con, al menos, tres transformaciones de lo urbano. De acuerdo a la tesis lanzada por Lefebvre en 1970, los procesos de urbanización más recientes presentan dinámicas novedosas que han hecho saltar por los aires la dicotomía rural-urbana, en lo que apunta a una superación de la contradicción entre el campo y la ciudad. En segundo lugar, se ha acentuado el proceso de territorialización de las inversiones. Las administraciones públicas a todas las escalas, apoyadas habitualmente en las recetas ofrecidas en las publicaciones de autores defensores de la tesis de la era urbana, dirigen sus políticas a la captación de inversiones dirigidas a sus ciudades, metrópolis o enormes aglomeraciones urbanas, traspasando en ocasiones las fronteras estatales. Por último, y en tercer lugar, se viene desarrollando en el desorden generalizado de la urbanización capitalista un nuevo eje de la lucha política, que si hace unas décadas era la fábrica quien concentraba la organización de la contestación, hoy es la ciudad, como espacio de lo común, donde se centraliza la movilización socio-política. Estos tres procesos hacen de los espacios urbanos elementos indispensables del devenir económico, político, social y cultural de las sociedades del capitalismo en crisis.

Muchas de estas transformaciones fueron advertidas por Henri Lefebvre, como se ha comentado en anteriores ocasiones. No fue hasta 1991, que la obra más importante de Lefebvre, *La production de l'espace*, no fue traducida al inglés. Como todos los procesos, las fechas exactas suelen pertenecer a momentos históricos más amplios. La confección de las alternativas, o resistencias, a los discursos de la tesis de la era urbana se relacionan de alguna manera con ese hecho de la traducción de la obra de Lefebvre.

La exposición de las alternativas no es, en caso alguno, un bloque homogéneo, aunque puede presentarse como una corriente con rasgos característicos comunes. La gestación de esta corriente que se extiende hasta nuestros días y que aún hoy continúa debatiendo y construyendo herramientas teórico-metodológicas para la comprensión de lo urbano, acoge a intelectuales como el británico David Harvey (n. 1935), el bahiano Milton Santos (1926-2001), y los estadounidenses Edward Soja, Neil Smith (1954-2012) y Neil Brenner (n. 1969).

Harvey y Santos suponen para la Geografía y los Estudios Urbanos la recuperación –o continuación realmente– de la construcción de pensamiento teórico. Milton Santos abandona Brasil en 1964 tras el golpe de Estado y se exilia a lo largo de 13 años en diferentes países, siendo Francia el que realmente marcó su formación intelectual. Allí representó al geógrafo “francés” del Tercer Mundo que estudiaba los países subdesarrollados, ideas que quedaron recogidas en *A cidade nos países subdesenvolvidos* y en *Geografia e economia nos países subdesenvolvidos* publicados en 1965 y 1973, respectivamente. A partir de entonces, y rechazando aquella etiqueta, Santos abrió un doble camino: por un lado la transformación de la disciplina geográfica con *Por uma geografia nova*, aparecida en 1978, y la recuperación de la elaboración teórica sobre la relación entre el espacio y la sociedad concretada en *Sociedade e espaço: a formação social como teoria e como método*, publicada en 1977. No abandonó las ideas sobre el Tercer Mundo, pero esta vez quedó explicado por *O espaço dividido - Os dois circuitos da economia urbana dos países subdesenvolvidos*, obra escrita durante su estancia en el MIT y aparecida en 1979 y que supuso, junto a las anteriores, la clara superación de la geografía regional francesa.

En el caso de David Harvey, ese objetivo de construcción de herramientas teóricas para la geografía es palpable desde sus inicios en *Explanation in Geography*. Esta obra de 1969 supone la búsqueda de la objetividad en las explicaciones teóricas aún dentro del paradigma positivista. En su siguiente libro, *Social Justice and the City*, de 1973, y sin abandonar del todo las posiciones positivistas, Harvey propone una reorientación metodológica de carácter marxista. Antes, en el mismo 1969, surgió la revista *Antipode* que concentrará lo que se conoce como Geografía Radical, en la que también se inscribirán las tesis de Neil Smith sobre la gentrificación, concepto del que recientemente se ha abusado demostrando que en el pensamiento de resistencia también pueden actuar las modas intelectuales.

El pensamiento y la elaboración teórico-metodológica en los Estudios Urbanos se detiene hoy, entre otros, en el Urban Theory Lab de la Uni-

versidad de Harvard. Su director Neil Brenner elabora una de las aportaciones teóricas más importantes en los Estudios Urbanos. Su proyecto retoma y avanza hasta hoy las principales tesis e hipótesis de Henri Lefebvre, siendo así el más claro continuador de sus ideas. Muchas de esas continuidades forman parte del marco teórico de la presente investigación.

El recorrido realizado a lo largo de la historia de las ideas sobre las ciudades, apoyado en el esquema, nunca suficientemente exhaustivo y siempre reducido al conocimiento e interpretación del autor, demuestra que el debate en torno a la ciudad y lo urbano es una clara continuidad desde hace al menos dos siglos. La tesis de la urbanización planetaria de Lefebvre, que supone la explosión e implosión de lo urbano, lleva a una clásica cuestión en Sociología Urbana, y en la que esta investigación no puede más que insistir y contribuir con sus esfuerzos en resolverla. A saber, y en palabras de Brenner, que *si lo urbano ya no puede ser entendido como un lugar particular -es decir, como un tipo de asentamiento discreto, distintivo y relativamente delimitado, donde prevalecen formas específicas de relaciones sociales- ¿qué podría entonces justificar la existencia de un campo intelectual dedicado a su investigación?* (Brenner, 2013).

2.2. EL MARCO TEÓRICO

La genealogía de la ciudad como objeto de estudio realizada hasta el momento prepara la investigación para la definición de su marco teórico, que se desarrolla a continuación. Antes serán definidos uno a uno los conceptos sobre los que se van a sostener los diferentes esquemas teórico-interpretativos, que a su vez dan apoyo al marco metodológico y al esquema analítico que se desarrollan en el siguiente capítulo.

Es importante recordar que el marco teórico responde a un objeto de estudio delimitado en el primer capítulo. A saber, las relaciones que existen entre el espacio y la sociedad en el capitalismo en crisis. Una de las hipótesis que guía esta investigación afirma que esas relaciones vienen a estar condicionadas por las contradicciones territorializadas del capitalismo, y que los barrios de la Marina de la Zona Franca de Barcelona pueden ser, pues, paradigma de esas relaciones entre el espacio y la sociedad en un capitalismo en crisis.

2.2.1. Los grandes conceptos

No puede iniciarse el levantamiento de un marco teórico más que por la definición de los conceptos, esto es, los elementos últimos sobre los que construir conocimiento. Los esquemas teóricos a partir de los cuales va a ser analizada la realidad de los barrios de la Marina de la Zona Franca y las relaciones entre el espacio y la sociedad que allí se dan, auténtico objeto de estudio real de la investigación, surgen de una red de seis conceptos que relacionados dan como resultado tres esquemas teóricos de interpretación.

a) La contradicción entre el campo y la ciudad

El primer concepto de esa malla, que va a permitir la definición de al menos tres esquemas de interpretación, es el de la contradicción entre el campo y la ciudad, acaso algo más que un concepto. ¿Por qué hablar de una contradicción? La separación entre el campo y la ciudad es producto de una contradicción entre dos sociedades, es la expresión por tanto de intereses divergentes en las que se apoyan las instituciones de una u otra clase portadoras de dichos intereses.

A pesar de lo que afirma hoy el principal paradigma en los Estudios Urbanos, la ciudad no es fruto de un proceso evolutivo representando “la mejor invención” del ser humano. La contradicción entre el campo y la ciudad no puede ser, como ningún otro proceso social, un proceso irreversible. Por ser la expresión de intereses en disputa esa contradicción tiene una dinámica dialéctica de ida y vuelta en el tiempo.

El tiempo por tanto será considerado en los esquemas interpretativos como esa dinámica dialéctica entre el campo y la ciudad, una contradicción que de resolverse en una u otra dirección da paso a un modo de producción diferente, constituyéndose en un elemento clave para el análisis de los mismos. Este punto se desarrolla en el primer esquema teórico-interpretativo.

b) La urbanización planetaria

Esa contradicción entre el campo y la ciudad habría sido hoy superada, como indicó Henri Lefebvre en *La Révolution Urbaine* en 1970, hipótesis que es recogida sobre todo en los recientes trabajos de Neil Brenner.

Frente a las concepciones de la urbanización como un simple proceso de crecimiento de un tipo de asentamiento, que es la ciudad, a menudo en base a un criterio únicamente demográfico, en esta investigación la urbanización se concibe como producto de diferentes procesos políticos, económicos, sociales y culturales. Esos procesos, a los que se atiende en mayor medida en esta investigación para el caso de estudio, hacen a su vez de la urbanización una dinámica con dos tendencias: la concentración, la que como se ha podido ver en el apartado anterior ha ocupado más atención entre los estudios de la ciudad, y la extensión (Brenner, Schmid 2015).

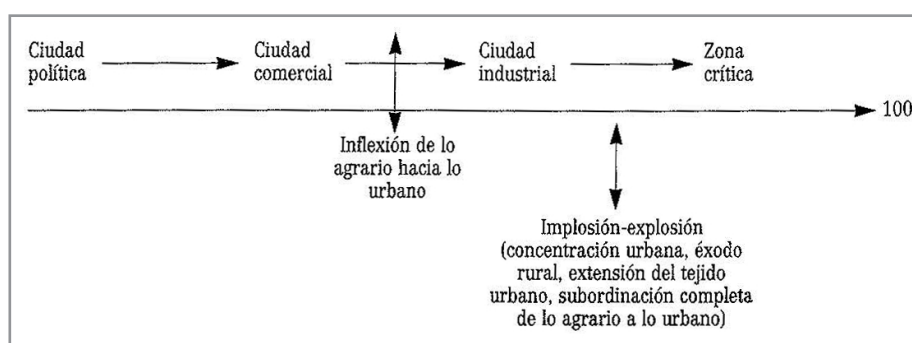


Figura 2. Evolución de la ciudad según Lefebvre, 1970.

La urbanización concentrada hace referencia a los procesos de concentración de población y capital en lugares concretos propios del desarrollo industrial. La urbanización extendida, en cambio, se refiere a los enclaves que, sin estar próximos a los núcleos urbanos de gran tamaño, se encuentran fundamentalmente sometidos al funcionamiento de estos. En debate está el tercer momento, el de la urbanización diferencial, que observa como las configuraciones socioespaciales heredadas son superadas a partir de nuevos y diversos ciclos de urbanización capitalista que reconfiguran constantemente tanto las grandes aglomeraciones como los territorios fruto de la urbanización extendida (Brenner, Schmid, 2015).

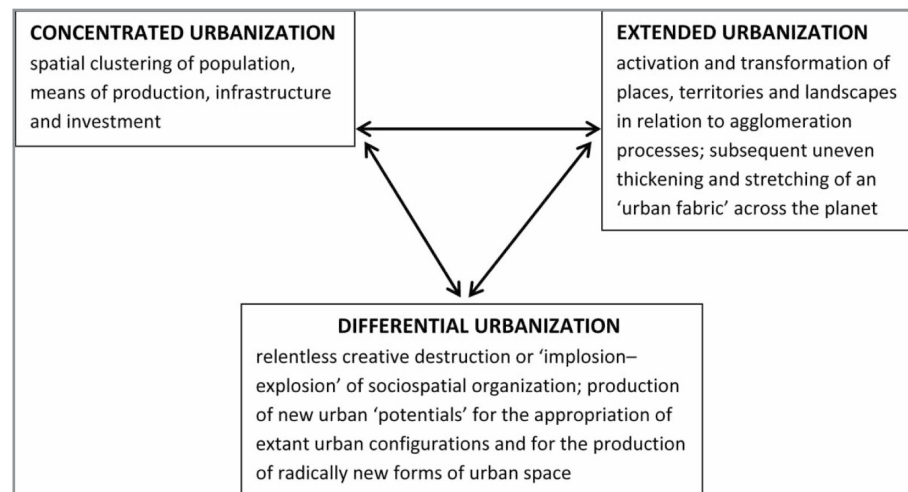


Figura 3. Los tres momentos de la urbanización de Brenner y Schmid, 2015.

La hipótesis de Lefebvre, lanzada en 1970, queda sintetizada en la figura 2. De la misma se desprenden las cuatro fases de acuerdo al modo de producción dominante en cada caso y el estado de la contradicción entre el campo y la ciudad. La primera inflexión señalada es la transición del feudalismo al capitalismo, en la que la ciudad comercial juega un papel fundamental como se verá más adelante. En ese momento se inicia, de nuevo, el sometimiento del campo a la ciudad que el capitalismo industrial consolidará. A partir de ese momento Lefebvre identificó la fase crítica caracterizada por la concentración urbana, el éxodo rural, la extensión del tejido urbano y la subordinación completa del campo a la ciudad (Lefebvre, 1970).

Esa fase crítica sería en la que esta investigación se está redactando, y en la cual la contradicción entre el campo y la ciudad habría quedado superada. Este debate será recogido cuando se expongan los esquemas interpretativos que dan forma al marco teórico. De esa superación se desprende la explicación del concepto de urbanización planetaria, que tiene algunas implicaciones teóricas en una investigación como esta que no intenta ser más que una tesis sobre lo urbano.

La implicación más importante a señalar es que una vez superada la contradicción, ya que la urbanización es hoy de alcance planetario, no puede volverse a explicar lo urbano en contraposición a algo que hacía a ambos posibles. Las dicotomías rural/urbano, natural/urbano, entre otras, no son hoy operativas. Lo urbano, por tanto, no se materializa en lugares, espacios o en artefactos –como la ciudad–, sino que debe ser comprendida como una construcción teórica (Brenner, 2013).

c) El capitalismo en crisis

La fase de urbanización planetaria presente abarca el período histórico que va de la década de los años setenta, en la que se ponen en marcha las contrarreformas del capitalismo de posguerra, hasta nuestros días. El capitalismo contrareformado de los setenta vivió en 2007 una de las crisis más importante en su ya traumática historia en la que los ciclos de estabilidad son la excepción.

El alcance de la crisis de 2007, en la que sería difícil argumentar que no vivamos todavía, está siendo debatido por reputadísimos científicos sociales. Las referencias al debate de si puede ser o no definitiva esta crisis para el sistema capitalista son claras: la obra que Inmanuel Wallerstein (n. 1930) publicó en el año 2013 junto a Randall Collins, Michael Mann, Goergi Derluguian y Craig Calhoun, con el título *Does capitalism have a future?*, y la más reciente publicación de 2017 del sociólogo Wolfgang Streeck (n. 1946) *How will capitalism end?*, en la que, como el propio título, indica ya no se cuestiona el futuro del capitalismo si no cómo será su final.

Más allá de las consideraciones de las diversas hipótesis sobre el final o no del capitalismo y los escenarios postcapitalistas²⁵ que son de un gran interés para el autor, son muchos los elementos que llevan a afirmar que efectivamente el capitalismo está en crisis, mucho más allá también de la propia crisis económica de 2007. Es una idea que en un temprano año 2000 Milton Santos recogió en su *Por uma outra globalização* en el que afirmaba que nos encontramos en un período que no está antecedido y precedido por una crisis si no *que es una crisis*.

d) La producción del espacio

Es en esta fase de capitalismo en crisis en la que se enmarca el objeto de estudio real, las relaciones entre el espacio y la sociedad en los barrios de la Marina de Sants. Para explicar esas relaciones sociales que se contienen en las ciudades debe atenderse a la producción del espacio de dichos barrios, esto es, poner en relación el sistema productivo dominante y el proceso de urbanización.

La producción del espacio, es decir, la idea del paso de la producción en el espacio propia del capitalismo comercial e industrial a la producción del

25 Una primera aproximación fue presentada en el XV Coloquio Internacional de Geocrítica dedicado a Las Ciencias Sociales y al edificación de una Sociedad postcapitalista. La comunicación de Carles Carreras y el autor de la tesis se presentó con el título *Hacia una Sociedad postcapitalista: lo popular, lo común y lo urbano*

espacio en el que este queda mercantilizado y actúa ahora como apoyo para el capitalismo, se presenta como concepto imprescindible en la presente investigación. Ese paso se da a causa del desarrollo de una economía cada vez más basada en los flujos y no en estructuras estables, dando una importancia mayor a los nodos de esos flujos, que son los espacios urbanos. También a causa del incremento de la importancia de un sector como el inmobiliario, a menudo sector productivo principal en los países capitalistas centrales. Por último, cabe recordar que en el momento de la urbanización planetaria la ciudad como realidad ha desaparecido, si existió en algún momento como tal, y esto implica una producción del espacio distinta, de acuerdo a la constatación que cada modo de producción y sus transformaciones internas producen un espacio diferente sobre el espacio preexistente.

Todo ello hace que la producción del espacio sea cada vez una producción más incierta, ambigua y con mayores contradicciones, hecho que provoca la incapacidad del capitalismo de realizar la planificación espacial. El caso de estudio de esta investigación se demuestra en este punto como paradigma singular de este hecho, un espacio planificado bajo el sistema productivo dominante en cada momento, sin ningún tipo de planeamiento espacial y urbano.

De acuerdo a Lefebvre *es el espacio y por el espacio donde se produce la reproducción de las relaciones capitalistas de producción*, la producción del espacio es tomada en esta investigación, por tanto, como un concepto clave para el análisis de las relaciones sociales que el espacio contiene y a las que se deben identificar y dar sentido, objetivos que esta investigación persigue (Lefebvre, 1974).

e) La división social del espacio

Es casi de perogrullo habiendo llegado hasta aquí afirmar que la producción del espacio anteriormente comentada produce una división social del espacio. La contradicción entre el campo y la ciudad ha actuado a lo largo de la historia como el apoyo espacial, uno y otro, de unas instituciones que portaban intereses contradictorios.

Con la explosión de esa contradicción, la urbanización es hoy un proceso divisor del espacio en un capitalismo en crisis que ha acentuado sus diferencias. La territorialización de las inversiones, junto a la idea de la producción del espacio, provoca en fin un espacio fragmentado. La ciudad ha estallado, la capacidad de intervenir en y transformar el espacio a escala planetaria es extraordinaria, y, sin embargo, el espacio se encuentra más

fragmentado que nunca a partir de la propiedad privada, mercantilizado y preparado para ser comprado y vendido (Lefebvre, 1974).

La diferenciación espacial es por tanto congénita al orden capitalista, que a su vez genera un desorden espacial que aumenta a medida que la división social del trabajo también se acentúa. Con la urbanización planetaria, los espacios tienden a una doble dinámica contradictoria de equiparación y diferenciación entre los mismos, dinámicas que, como otros tantos procesos, no puede analizarse ni alcanzarse a comprenderse sin el análisis multiescalar. Son las escalas, a la vez herramientas de análisis y productoras también de divisiones en el espacio (Lacoste, 1976; Smith, 1995).

f) Las rupturas urbanas

La división social del espacio es, por tanto, fruto de las diferentes contradicciones del sistema capitalista que, en referencia al espacio, son numerosas por el proceso urbanizador que las acompaña (Santos, 1990). A la vez hipótesis y concepto, las rupturas urbanas quedan definidas como el proceso espacial por el que el conjunto de contradicciones del sistema capitalista se territorializa. Esas rupturas urbanas pueden manifestarse de maneras múltiples, a menudo aparecen yuxtapuestas, combinadas, en colisión. Se apunta aquí, y habrá que seguir desarrollándolo, que las rupturas urbanas se manifiestan como problemas sociales que surgen, y a su vez son explicados, por las contradicciones en las relaciones sociales que implican a la sociedad y al espacio.

2.2.2. Elementos para una interpretación teórica de las relaciones entre el espacio y la sociedad

A continuación, se relacionan los conceptos teóricos desarrollados hasta el momento. El resultado de esas relaciones son los siguientes esquemas de interpretación, que hacen las veces de marco teórico sobre el que se apoya la investigación.

a) Una aportación al análisis de los modos de producción

Es necesario para sostener y comprobar la arriesgada denominación de capitalismo en crisis un sucinto análisis de cómo se han venido sucediendo los distintos modos de producir. El análisis que se presenta surge fundamentalmente de las lecturas realizadas para escudriñar las aportaciones de Karl Marx

y Friedrich Engels a los estudios de la ciudad, así como las lecturas propias que de ellas hicieran también Henri Lefebvre y Gianfranco Bettin.

El recorrido que Marx y Engels realizan ya en las primeras páginas de *La ideología alemana* es un relato útil para seguir el camino de lucha y contradicción entre el campo y la ciudad hasta llegar al escenario actual, la urbanización planetaria. Un camino que se recorre entrelazando las formas de propiedad, con las etapas de la división del trabajo, y de la estructura social en la que cristaliza. Sin ese trayecto, ni el objeto de estudio teórico y real de esta investigación ni la hipótesis confirmada de la revolución urbana, y el resto de conceptos, sobre la que se apoya, no tendrían sentido.

El itinerario se inicia, pues, en el momento en que surge la contradicción entre el campo y la ciudad, esto es *con el paso de la barbarie a la civilización, de la organización tribal al Estado, de la localidad a la nación y se extiende a través de toda la historia de la civilización hasta nuestro días* (Marx, Engels, 1845). Antes, la forma originaria de propiedad era la propiedad tribal, en una sociedad en la que la división social del trabajo era natural y en el que la familia actuaba como única institución social. Sociedad en la que aún no existía la división entre el campo y la ciudad, ya que no existían ni la ciudad ni el campo como forma contraria a algo parecido a la sociedad urbana (Bettin, 1979).

El crecimiento demográfico, el aumento de las necesidades y la complejización de las relaciones sociales ponen en marcha la división social del trabajo. Esas condiciones favorecen la producción, y por tanto alteran la división social del trabajo. Ésta *en el interior de una nación provoca, ante todo, la separación del trabajo industrial y comercial del trabajo agrícola y con ello la separación entre ciudad y campo, además del contraste de sus intereses* (Marx, Engels, 1845).

Esas condiciones van creando las primeras asociaciones y las primeras competiciones por la tierra -que implica una organización militar centralidad y concentración de vivienda- entre diferentes tribus que dan origen a las primeras ciudades, y con ella la propiedad comunal y estatal. La ciudad antigua va a someter al campo, ya que el segundo va a ser considerado territorio de la primera. La propiedad dominante a lo largo de la Antigüedad tuvo como base a la ciudad como centro articulador de la agricultura. Por ello *la historia de la Antigüedad²⁶ es una historia de ciudades, pero de ciudades basadas en la propiedad de la tierra y en la agricultura* (Marx, 1859).

26 Esta cuestión fue debatida en el seminario dedicado a la obra de Perry Anderson de 1974, *Passages from Antiquity to Feudalism*.

La propiedad comunal y estatal se configura como propiedad común de los ciudadanos activos del Estado. Sin embargo la propiedad de la tierra era privada aunque mediatizada colectivamente por la ciudad. En la Antigüedad la ciudad organiza, protege, administra por lo que es denominada como la ciudad política, al asumir más un papel de control militar y administrativo que de entidad económica en si misma (Lefebvre, 1972).

La transición de la antigüedad al feudalismo se produjo en el momento en el que el sistema político antiguo entra en crisis al desnaturalizarse la forma de propiedad dominante, en la que la propiedad privada poseída en común por los ciudadanos del Estado y que obligaba a los mismo a mantenerse en esa asociación entra en decadencia. Todo ello se concreta en dos procesos simultáneos: la caída del Imperio Romano y las invasiones bárbaras que reintroducen las comunidades campesinas (Lefebvre, 1972). Así lo explican Marx y Engels en *La ideología alemana: La victoria de los bárbaros hará aparecer en la sociedad formas de organización sobre base tribal, y empezarán a darse la “condiciones preexistentes y la manera como fue organizada la conquista provocarán bajo la influencia militar germánica el desarrollo de la propiedad feudal* (Marx, Engels, 1845).

Marx situó a la tierra como un elemento central en la explicación del nuevo modo de producción feudal, que establece una relación concreta entre el señor y la tierra –en la que el primero personaliza a la segunda– y entre el siervo y la tierra, accesorio el uno de la otra. Esa es la estructura jerárquica que organizó la sociedad feudal: soberanía territorial y militar sobre un suelo ocupado y trabajo por comunidades serviles. Hecho fundamental de la transición al capitalismo será la inexistencia de valor de cambio sobre la tierra, y su posterior proceso de mercantilización (Lefebvre, 1972).

Este fenómeno queda recogido de la siguiente manera en los Manuscritos económicos y filosóficos de 1844 publicados póstumamente en 1932: *La finca aparece como cuerpo inorgánico de su señor. De aquí el aforismo “nulle terre sans maitre” en el que se expresa la conexión del señorío y la propiedad territorial. Del mismo modo, la dominación de la propiedad territorial no aparece inmediatamente como dominación de capital puro. La relación en que sus súbditos están con ella es más la relación con la propia patria. Es un estrecho modo de nacionalidad* (Marx, 1939).

En paralelo se da el proceso de transformación urbana de la ciudad medieval a la ciudad comercial que supone de nuevo el triunfo de la ciudad sobre el campo y que da paso a la transición al capitalismo. La ciudad medieval presenta dos tipos urbanos distintos: las ciudades tradicionales heredadas y

propias de modos de producción anteriores y las nuevas ciudades creadas a partir de la llegada de campesinos siervos. De ellos *surgieron los villanos libres de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía*²⁷ (Marx, Engels, 1848).

La ciudad medieval queda caracterizada por Marx y Engels como *una ciudad natural, en la que existe un capital natural, formado por la vivienda, las herramientas del oficio y la clientela tradicional y hereditaria, capital irrealizable por razón del incipiente intercambio y de la escasa circulación, y que se heredaba de padres a hijos. No era, como en los tiempos modernos, un capital tasable en dinero, por lo que tanto da que se invierta en tales o cuales cosas, sino un capital directamente vinculado con el trabajo determinado y concreto de su poseedor e inseparable de él: era, por tanto, en este sentido un capital estable* (Marx, Engels, 1845).

La división social del trabajo en el seno de las ciudades medievales podría haber sido fuente indiscutible de conflictos al generar una fuerte división en la estructura social entre oficiales y maestros. De hecho el conflicto existió, pero Marx y Engels señalan que el conflicto central del momento histórico era el que mantenían el campo y la ciudad y que contenía las contradicciones en el interior de la ciudad que a la vez permitieron una organización interna para mantener la lucha que acabaría sometiendo al campo. Ciudad y campo en aquel momento representaban una lucha entre dos poderes: el que emergía y el que desaparecía con estructuras sociales y bases económicas distintas (Bettin, 1979).

El paso de la ciudad medieval a la ciudad comercial se producirá, de nuevo, por la división social del trabajo. La escisión definitiva que pone rumbo a la ciudad comercial es la que se produce entre el productor y el comerciante, al aparecer el capital móvil, es decir, la ruptura entre el trabajo y el producto de dicho trabajo. Los comerciantes hacen que *las ciudades se relacionen unas con otras, de una ciudad a otra se llevan nuevas instrumentos de trabajo, y la separación entre la producción y el intercambio no tarda en provocar una nueva división de la producción entre las distintas ciudades y pronto veremos cómo cada una de ellas tiende a explotar predominantemente una rama industrial. La limitación inicial a una determinada localidad comienza a desaparecer* (Marx, Engels, 1845).

Nace así la ciudad comercial, el nuevo tipo urbano que prepara el sometimiento del campo a la ciudad y la absorción de esta en los mercados nacionales – de los Estados-nación- emergentes. El dominio de la ciudad sobre

27 Este tema fue desarrollado por el historiador Henri Pirenne en su estudio sobre la Ciudad y la burguesía (Pirenne, 1927)

el campo se produce en parte por la asunción de la ciudad de una función productiva propia del campo hasta entonces: la industria textil.

La ciudad comercial diversifica y mejora la producción manufacturera y atrae de nuevo una cantidad numerosa de población. Esta vez la relación entre el patrón y el trabajador será una relación mercantil, comercial. La división social del trabajo queda pues maximizada. La industria evoluciona en un contexto de competencia que se universaliza. El comercio queda ya subordinado a la industria, lo que produce un nuevo tipo de asentamiento humano, nace la ciudad industrial (Bettin, 1979).

Este es a grandes rasgos el recorrido que Marx y Engels exponen en *La Ideología Alemana* y recogieron de manera abreviada en el primer capítulo de *El Manifiesto del Partido Comunista*. Del análisis del proceso descrito, el marco teórico de esta investigación debe retener los elementos sobre los que se apoya dicho análisis. La producción en la doble acepción que utilizan Marx y Engels se basa en una propiedad que transcurre desde la tribal, a la privada capitalista. Dicha distribución provoca la división social de trabajo en el momento en que las relaciones sociales se complejizan.

Esa división social del trabajo queda maximizada en el modo de producción capitalista, en el que el surgimiento de un grupo social emergente fuerza la ruptura entre producto y productor. La división social del trabajo cristaliza, pues, en una estructura social, clanes, esclavos, estamentos y clases sociales que organizan sus intereses divergentes en la contradicción fundamental entre el campo y la ciudad, de cuyo resultado surge una nueva forma de propiedad.

Este primer esquema de interpretación (Figura 4) recoge pues esos cuatro elementos en los que apoyarse en el análisis de la contradicción entre el campo y la ciudad de cuyo conflicto dialéctico entre ella y el resto de elementos del esquema, siguiendo a Marx y Engels, surge la dinámica social y el devenir histórico.



Figura 4. Esquema interpretativo de los modos de producción.

Fuente: elaboración propia.

b) Las relaciones entre el espacio y la sociedad

A continuación se expone el esquema de interpretación para lo que constituye el objeto de estudio teórico de la investigación: las relaciones entre el espacio y la sociedad. Dichas relaciones, de acuerdo al primero de los apartados del capítulo, han sido relegadas de la investigación científica y han sido desatendidas como objeto de estudio, no ya por unos Estudios Urbanos completamente atomizados, si no por las disciplinas que se supone que los componen (Santos, 1996).

La Geografía ha dedicado más esfuerzos al análisis de las formas que de las formaciones, esto es, se ha ocupado de los elementos ya cristalizados y no de las procesos sociales que transforman las formas (Santos, 1996). La Sociología, por su lado, no le ha dedicado mucha más atención en las últimas décadas. Casi totalmente colonizada por las tesis relativistas y la

frivolización del conocimiento sociológico, la Sociología ha perdido de vista al fenómeno urbano y al espacio como variable explicativa. De todo ello se ha ocupado el primer apartado del capítulo y se seguirá tratando en el capítulo posterior.

¿Qué se quiere decir cuando se habla de las relaciones entre el espacio y la sociedad? Al menos cuatro primeros elementos juegan un papel en esa relación. El que se desprende del primer esquema de interpretación: modo de producción entendido como la forma particular en la que queda organizado el proceso de producción -con la lógica del circuito exterior y la materialización del circuito interior, de acuerdo al esquema- destinada a intervenir sobre la naturaleza para satisfacer las necesidades de cada momento.

Por formación social entendemos la totalidad de la unidad de la vida social, es decir, las dimensiones políticas, económicas, sociales y culturales de la vida en sociedad. Es por tanto una sociedad concreta, no general, más acorde con el concepto anterior, y dada por una estructura técnica y productiva territorialmente expresada por la distribución consecuyente de la actividad productiva (Santos, 1996).

Si de lo que se trata es de realizar análisis en base a relaciones y procesos, la variable temporal, junto al espacio, juega quizá un papel secundario por estar en un segundo plano al que no siempre se menciona pero del que es imposible prescindir. Sin la historia universal de la sociedad, de la que se desprenden las historias locales, no hay comprensión de la realidad espacial, al responder el espacio fundamentalmente a la reproducción de la totalidad de la formación social por la que concretiza el modo de producción (Santos, 1996). En este esquema, la variable temporal queda generalmente asociada a la evolución de la contradicción campo y ciudad tal y como se ha definido y desarrollado en anteriores páginas.

¿Cómo se relacionan todos esos elementos? Es a esta pregunta a la que el segundo esquema de interpretación debe dar respuesta, aunque todos estos esquemas se compongan de premisas teóricas -más bien hipotéticas- sobre las que construir la mirada que va a dirigirse al objeto de estudio real.

El punto de partida es, sin lugar a duda, que tanto los modos de producción, como las formaciones económicas y sociales, así como el espacio y el tiempo, se interrelacionan de manera compleja, y por tanto, es un error metodológico intentar abordarlos de manera individual. Desentrañar esas relaciones es, en esta investigación, a la vez objeto de estudio, hipótesis, presupuesto teórico y principio metodológico.

Como los elementos quedan interrelacionados de manera compleja, nunca es fácil definir el inicio de la relación. Cada modo de producción, desde el momento en que la sociedad asume y presenta formas más complejas de sus relaciones iniciando así la división social del trabajo de la que resulta la contradicción campo-ciudad, genera su propio espacio. Espacios que se hacen complejos al aumentar cada vez más el conocimiento sobre el planeta que incorpora zonas desconocidas, y que al ser integradas crean nuevas escalas que son a su vez maneras de fragmentar y dividir el espacio (Smith, 1995).

Un espacio cada vez más fragmentado, al irse superponiendo los nuevos objetos y acciones fruto del modo de producción emergente sobre el espacio geográfico existente del viejo modo de producir. La localización de los objetos en un lugar y tiempo determinados responde a necesidades concretas del modo de producción, y depende también de las condiciones existentes y características propias del sitio (Santos, 1996).

Esa superposición de formas creadas por los distintos modos de producción no es más que la formación económica social, esa indivisibilidad de una sociedad y de su área de naturaleza de la que extrae todo lo necesario para su reproducción. Es decir, la formación económica y social es por la que el modo de producción genera su propio espacio del que surge una sociedad dada, concreta.

Una característica de esas relaciones en el presente es el alcance selectivo del modo de producción, a través de diferentes formaciones que lo hacen concreto en su selección, de todo el espacio del planeta. La urbanización tiene hoy alcance planetario, al haberse resuelto -hipotéticamente- la contradicción campo y ciudad, auténtica variable temporal de esa interrelación entre los modos de producción, el espacio y las formaciones económicas y sociales. La sociedad se vuelve concreta, pues, por el espacio y en el tiempo.



Figura 5. Esquema interpretativo de las relaciones entre el espacio y la sociedad. Fuente: Elaboración propia.

c) El análisis de las rupturas urbanas

¿Es esa relación distinta en la actualidad, tras las recientes y vastas transformaciones a escala global? El presente queda hoy atravesado, como se ha argumentado en párrafos anteriores, por la crisis del modo de producción capitalista, y las consecuencias en sus diferentes formaciones económicas y sociales. El capitalismo en crisis, que será el concepto que vaya desarrollándose a lo largo de los sucesivos capítulos, es más que una crisis del sistema productivo, o de un sistema social, es una época de crisis. Crisis formará parte del marco metodológico expuesto en el tercer capítulo de esta investigación.

Que el capitalismo, como modo de producción, se encuentre hoy en crisis no es discutible. Sí lo es, en cambio, que esa crisis vaya a suponer o no el final del sistema capitalista y cómo van a ser los escenarios postcapitalistas. La primera constatación es suficiente para, sobre las hipótesis que se desprenden del segundo esquema de interpretación y de la red conceptual, preguntarse, al menos, si

la relación entre espacio y sociedad ha podido ser modificada al entrar en crisis primero algunos de los pilares fundamentales del modo de producción.

La contradicción entre el campo y la ciudad ofrece numerosas pistas sobre los orígenes del capitalismo (Hilton, 1977), así como de su evolución a lo largo del tiempo hasta llegar a la urbanización planetaria, esto es, el alcance total del espacio por parte del modo de producción capitalista. Es esta una característica fundamental de nuestro presente, acaso la única constatación con la que contar en el desarrollo de estos supuestos teóricos.

Otra de las hipótesis es que la transición al modo de producción capitalista implicó en su momento la mercantilización de la tierra, lo que a día de hoy puede ser también afirmado es que el capitalismo en relación al espacio ha pasado de la producción en el espacio del capitalismo industrial a la producción del espacio. Una producción que al surgir de un modo de producción contradictorio, proyecta también esas contradicciones. La diferenciación espacial entre los lugares es fundamentalmente debida a la selección territorial que el modo de producción capitalista realiza a través de las formaciones sociales (Santos, 1974).

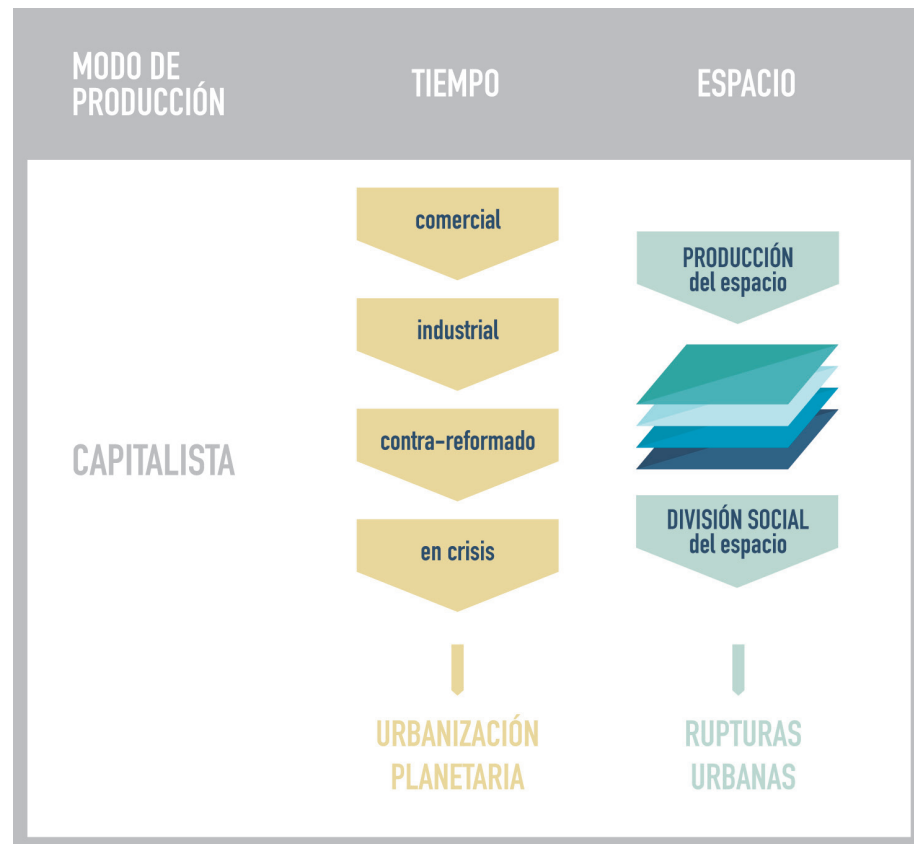


Figura 6. Esquema interpretativo de las relaciones entre el espacio y la sociedad en el capitalismo en crisis. Fuente: elaboración propia.

Todas las contradicciones del modo de producción provocan, pues, una división social del espacio. El concepto de ruptura urbana viene a recoger y sintetizar todas las contradicciones que el modo de producción proyecta en la generación de su propio espacio sobre el espacio anteriormente existente, materializado a través de las formaciones sociales. Las rupturas urbanas son, por tanto, el resultado de la acumulación de todas esas contradicciones desde que el espacio es producido socialmente. Un concepto teórico-metodológico que ayuda a recoger en un solo concepto la dimensión espacial de las numerosas y diversas contradicciones del capitalismo, y a la vez actúa como herramienta metodológica para el estudio de la relación entre el espacio y la sociedad al menos en el capitalismo en crisis, reflexión que se recoge en el siguiente capítulo.

